93
Cajo 2
Fra. D.
3139

DEL DICHO AL HECHO...

PROVERBIO EN TRES ACTOS,

la pierre de touche

TOMADO DEL FRANCÉS

POR DON FULANO DE TAL.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1864.

COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

Adra.	J. A. Manzano.
Aguilar de la Frontera	R, Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez.
Alba de Tormes.	M. Sanchez.
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alburquerque.	A. Cotrina.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almendralejo.	C. Diaz.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	F. Ruiz y Fernandez.
Almuñecar.	F. P. Almoguera.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranda de Duero.	J. Peridiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	F. Nicolau.
Astorga.	A. Gullon.
Avila	N. P. Borondio.
Avilés.	J. M. Suarez Ordax.
Badajoz.	F. Coronado
Baena.	F. Fernandez.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Bailen.	J. M. Sellés.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Baza.	J. Calderon.
Bejar.	M. Illan.
Benavente.	P. Fidalgo Blanco
Berja.	L. Iribarne.
Bermeo.	T. Astuy.
Betanzos.	J. M, Garcia.
Bilbao.	T. Astuy.
Borja.	M. Arbiol.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F Molina.
Canarias.	M Savoie.
Carranza.	T. Astuy.
Caracaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Carolina.	H. Lozano.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montoya.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Cazorla.	C. Perez.
Ceuta.	J. Bosqui.
Chiclana.	L. Cañizares.
Chinchon y Colmenar.	Francisco Algovia.
Ciudad-Real	Vinda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco y R. Arroyo.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G Camarena.
Daroca.	B. Alegria.
Don Benito.	A. Sanchez Barroso.
Ecija.	J. Giuli.
Estella.	S. Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
Elorrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Getafe.	R. Gomez-Platero.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida.
Guadalajara.	F. Sanchez.
Guernica.	T Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Hellin.	E. Garcia.
Huelva.	J. de Osorno é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Huescar.	L. Gimenez de la Fuente
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo y Sanchez.
Jativa.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez.
Jodar.	I. Coma y Prados
La Almunia.	P. Velilla.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lerida.	T. Casals.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	L. Martin Robles.
Mahon.	P. Viuent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Manresa.	P. Comelias.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	C. Montilla y Parcja.
Martos.	R. Sibanto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	M. Gloria.
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Moguer.	C. Camacho y Espinosa
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	F. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabert
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro
Plasencia.	E. Diez.
Ponteredra.	J. Buceta Solla y Como
Portugalete.	T Astuy.
Priego (Córdoba.)	M. P. Moreno.
Puente Genil.	A. J. Muñoz.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico	J. Mestre.
Quintanar de la Orden.	M. Sanchez.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torre
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliù de Guixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A. Molinelo.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acevedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.

DEL DICHO AL HECHO...

PROVERBIO

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL CIRCO DE MADRID
Á 24 DE DICIEMBRE DE 1863.

La comedia francesa de que es imitacion la presente, titúlase *La pierre de touche*, y se estrenó en Paris á 23 de Diciembre de 1853.

DEL DICHO AL HECHO...

PROVERBIO EN TRES ACTOS,

TOMADO DEL FRANCÉS

POR DON FULANO DE TAL.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
LEANDRO.....	Don Manuel Ossorio.
TOMÁS.....	Don Joaquin Arjona.
GABRIELA.....	Doña Teodora Lamadrid.
DON ESTEBAN DE AGUILAR.	Don Juan Lopez Benetti.
DON VICENTE.....	Don José Miguel.

La accion en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.
Los corresponsales y agentes de la *Administracion lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.
El autor se reserva el derecho de traduccion.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de un sotabanco. Las paredes blanqueadas. Una ventana á la derecha. Puertas laterales, y en el foro. Sofá y sillas de paja.

ESCENA PRIMERA.

LEANDRO y TOMÁS.

Aquel echado en el sofá, leyendo un libro: éste sale por la puerta del foro, con blusa azul y gorra.

TOMAS. Perezoso! Dos horas ha que te dejé en la misma postura.

LEANDRO. Estoy leyendo.

TOMAS. Alguno de esos librotes de extranjis donde aprendes tanta divina tonteria.

LEANDRO. Qué sabes tú?

TOMAS. Yo qué he de saber, si tú te lo sabes todo?

LEANDRO. Has preguntado?

TOMAS. Sí.

LEANDRO. Cómo está?

TOMAS. Ya no le duele nada.

LEANDRO. Se ha muerto?

TOMAS. Hasta las uñas.

LEANDBO. Pobre viejo!

TOMAS. Linda ocurrencia andar solo por calles extraviadas un hombre de su edad despues de media noche.

674625

LEANDRO. Volvia del teatro. Segun informes, era un viejecito muy listo, que aun bullia por todas partes como un muchacho.

TOMAS. Á los setenta y nueve años, no se resiste una medrana como la que él debió pasar. Verse el infeliz entre dos ladrones armados de cuchillos y enfurecidos por no hallar su bolsa tan repleta como esperaban! Y acaso hubieran hecho con él una barbaridad, á no pasar tú por allí y correr en su ayuda.

LEANDRO. Y ¿qué se ha logrado con eso? No murió de una puñalada, pero ha muerto del susto.

TOMAS. Siquiera ha tenido tiempo de pensarlo; y de todas maneras tú hiciste lo que debias. Buena accion, Leandro, buena accion!

LEANDRO. Ya me lo has dicho sobre unas quinientas veces.

TOMAS. Te lo diré quinientas mil.

LEANDRO. Cualquiera otro hiciera lo mismo que yo.

TOMAS. Ó no, que está mas abajo.

LEANDRO. Ademas, el riesgo me atrae. Estoy cansado de vivir.

TOMAS. Empezamos ya con las lamentaciones?

LEANDRO. Pues cómo no he de lamentarme? Sin oficio ni beneficio á los veintisiete años de edad! Viviendo hace tres á tus expensas mi prima y yo!

TOMAS. La cancion de todos los dias. Cantaré yo tambien. (Tararea una cancion popular.)

LEANDRO. Y no hay recurso! No hay esperanza! Todas las puertas se cierran para el pobre.

TOMAS. Eso no es verdad. Una vez te ofrecieron un portal para que te metieses á memorialista.

LEANDRO. Yo memorialista! Yo en un portal!

TOMAS. Otra vez te quisieron hacer ayuda de cámara de un grande, y tampoco eso te pareció bien.

LEANDRO. Ayuda de cámara! Qué vergüenza!

TOMAS. En ganarse el pan honradamente, no hay vergüenza ninguna. Ojalá hubieras sido zapatero como tu padre, que otro gallo te cantaria. Pero te empeñaste en ser leido y escribido, y está visto que la sabiduria no dá de comer. Ya te prediqué yo bastante cuando murió don Diego. Que si quieres? Traspasaste la tienda: hiciste versos en lugar de hacer

zapatos, y ¿qué sucedió? Que al poco tiempo no te quedaba ya una peseta, y un dia te encontraste en mitad del arroyo con la huerfanita que tu padre te habia encomendado al morir.

LEANDRO. Tomás, no nacieron los hombres como yo para pasarse la vida cortando cuero detrás de un mostrador; hay vocaciones irresistibles; sentia arder en mi mente la llama del genio...

TOMAS. No digo lo contrario: sé que tienes mucho de aquí (Dándose con la mano en la frente.) Solo que los hombres de talento hacen unas tonterias!... Yo que no tengo ninguno, á Dios gracias, seguí contento el oficio con que ví que mi padre mantenia su casa, y hoy, aunque me esté mal el decirlo, no hay en todo Madrid oficial de ebanista que me eche la pata. Verdad, que esto á tí y á tu prima os lo debo. Tenia yo bastante de flojo y tumbon cuando me hallaba solo como un hongo; pero desde que os traje á mi lado, desde que me ví hecho un padre de familia, vamos al decir, sentí un afan de ser algo en el mundo! Trabajar para uno solo, cansa y aburre. Trabajar para personas queridas, ya es otra cosa.

LEANDRO. Sí; por nosotros te sacrificas: por nosotros, que hemos venido á empobrecer más y más á un pobre.

TOMAS. Yo pobre? Me gusta! Pobre con veinte reales de jornal.

LEANDRO. Si no hallo pronto una ocupacion decorosa, me pego un tiro como esa es luz.

TOMAS. Pues, alma de cántaro, ¿lo pasárias mejor en el infierno? Aunque no fuese más que por no afligirme, no deberias decir esas cosas. Te doy lo que tengo. Qué más puedo hacer? Qué te falta? Qué quieres?

LEANDRO. Tomás, quiero subir!

TOMAS. Ciento veintisiete escalones subes todos los dias dos ó tres veces, y ¿aun te parece poco?

LEANDRO. Tú en cambio nada ambicionas. Qué calma la tuya!

TOMAS. Con paciencia se gana el cielo.

LEANDRO. Feliz tú que posees la virtud del pollino.

TOMAS. Más vale ser asno que tigre; y se me figura á mí que no es pobreza tener poco, sino desear lo

que no se tiene.

LEANDRO. La echas de filósofo, eh? (Con sonrisa burlona.) Si con el tiempo serás tú otro Séneca?

TOMAS. No me pongas motes, que no me gustan. Por carecer de sabiduria, no carece nadie de sentido comun.

LEANDRO. Vamos, señor filósofo, que si ahora llamase un caudal á sus puertas, no dejaria usted de abrírselas.

TOMAS. Se las abriria de par en par.

LEANDRO. Y serias más dichoso?

TOMAS. Qué sé yo? En la cara del pobre veo por regla general mas alegría que en la del rico.

LEANDRO. Cada cual goza á su manera.

TOMAS. Soy un pobre regularcillo: podria muy bien ser un rico detestable. Diz que con el dinero todo se alcanza, y me dan á mí á veces unos caprichos tan bestiales!... Figúrate que un dia se me pusiese entre ceja y ceja pegar fuego á Madrid, ó robar todas las mujeres bonitas que viese en la calle.

LEANDRO. Y ¿por qué no se te habia de ocurrir emplear tu dinero en hacer bien á tus semejantes?

TOMAS. Quizá me diese por allí, pero no es seguro.

LEANDRO. Únicamente los ricos pueden tener esa noble satisfaccion.

TOMAS. Bah! Tanto bien hace el que de tres dá uno, como el que de nueve da tres. Subeá las guardillas, entra en las gazaperas de las casas de vecindad, y verás cómo personas que no cuentan con espacio bastante para poder moverse, ni con el sustento preciso para poder vivir, reparten magníficamente su pobreza con otros aun más necesitados. Créelo, chico: el que tiene caridad, siempre tiene algo que dar.

LEANDRO. Es cierto; con tales sacrificios se honran los pobres, esos infelices desheredados por la injusticia humana de todos los bienes de la tierra. En los pobres hay virtud: en los ricos tan solo egoismo y vanidad.

TOMAS. No digas despropósitos. Ricos y pobres todos somos hijos de Adan. Señores conozco yo que han secado más lágrimas que agua trae el Lozoya. Y ¿sabes lo que se me ocurre?

LEANDRO. Qué?

TOMAS. Que eres algo envidioso del bien ajeno.

LEANDRO. Y ¿puedes tú ver con paciencia que unos tengan tanto y otros tan poco? No da rabia que bribones y sandios naden en la opulencia, y que hombres de honradez como tú y de talento como yo, carezcan hasta de lo más preciso? Ay, Tomás, este mundo está muy mal arreglado!

TOMAS. Tú lo arreglarias mejor.

LEAND. Si yo pudiera, con el ejemplo haria ver á los ricos que, poseyendo aun más de lo necesario, raya en torpe mania estar siempre deseando más; que el tener dinero no da derecho para tener vanidad y mal corazon; que es deber suyo amparar á los pobres y respetar á los humildes. Oh, si yo fuese rico!...

TOMAS. Sabe Dios lo que harias. Del dicho al hecho hay mucho trecho; y creo yo que para llegar á saber usar bien de las riquezas se necesita aprendizaje; creo que es bobada declamar tanto contra los ricos, y que en su lugar muchos de nosotros lo hariamos tan mal como algunos de ellos, y quizá peor.

LEANDRO. No deseo sino que se me ponga á la prueba. (Óyese dentro la voz de un chico gritando: «La Correspondencia, La Correspondencia.»)

GABRIELA. Chico! Chico! Aqui... En el sotabanco... Espera. (Dentro.)

LEANDRO. Qué es eso! (Á Tomás, que se habrá asomado á la ventana.)

TOMAS. Gabriela, que llama desde la ventana á un chico que pasa vendiendo *La Correspondencia.* Como á tí te gusta leer ese papel...

LEANDRO. Sí: da tantas noticias...

TOMAS. Verdad, Leandro, que Gabriela es ya una mujer hecha y derecha?

LEANDRO. Como que el mes que viene cumplirá diez y nueve años.

TOMAS. La pobre no está bien viviendo con dos solteros. (Cortado y con segunda intencion.) No te parece que seria bueno casarla?

LEANDRO. Sabes que tenga novio? (Con ansiedad.)

TOMAS. No... Y tú ¿sabes algo? (Con mucho interés.)

LEANDRO. Yo, nada.

TOMAS. Entonces... (Sin atreverse á explicarse.)

LEANDRO. Entonces, ya ves que no puede casarse.

TOMAS. Leandro... Has querido tú alguna vez?

LEANDRO. Amo ahora, y tambien por este motivo detesto mi pobreza.

TOMAS. Qué cosa tan particular! Tambien yo estoy enamorado...

LEANDRO. Sí, eh? (Sonriéndose.)

TOMAS. Aunque uno sea algo cerrado de mollera... el corazon á veces...

LEANDRO. Y ¿quién es el dulce objeto de tu amor?

TOMAS. Gabriela viene. (Viendo entrar á Gabriela por la puerta del foro.) Calla!

ESCENA II.

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA. Te he comprado *La Correspondencia*. Tómala. (Dando La Correspondencia á Leandro, el cual se recuesta en el sofá y lee el periódico.)

LEANDRO. Gracias, primita.

TOMAS. Venga usted acá, señora, (Llevándosela al lado opuesto de aquel en que está Leandro.) que tengo que reñirle muy formalmente.

GABRIELA. De veritas?

TOMAS. Y tan de veritas! Por qué estás pálida y ojerosa?

GABRIELA. Toma! Qué sé yo?

TOMAS. Pues yo sí lo sé. Porque te has pasado la noche cosiendo y bordando para las tiendas.

GABRIELA. Ay, qué mentira!

TOMAS. Ay, qué verpad! Lo he averiguado casualmente. Ya decia yo, ¿cómo diablos hace cundir tanto mi jornal esa muchacha? Ah, picaronaza, y qué bien nos ha engañado usted!

GABRIELA. Egoiston, quieres ser tú solo el que gane para los tres?

TOMAS. No es razon que despues de estar todo el dia de Dios traginando en la casa, te pases las noches en vela, á pique de perder la salud.

GABRIELA. Qué salud ni qué niño muerto! Yo haré lo que me

acomode.

TOMAS. Sí? Leandro! (Llamándole.)

LEANDRO. Qué? (Respondiendo sin apartar la vista del periódico.)

GABRIELA. No: no por Dios; no se lo digas.

LEANDRO. Qué?

TOMAS. Nada ya. (Leandro se acomoda mejor en el sofá y sigue leyendo.)

GABRIELA. Cuidado que tienes unas cosas!...

TOMAS. Si supiera que te estás sacrificando por él!.. Un hombre puede vivir sin bochorno á costa de un amigo, pero á costa de una mujer...

LEANDRO. Mira lo que yo te decia. (Levantándose y acercándose á Tomás y Gabriela con el periódico en la mano.) Mira si no es natural que uno se desespere.

TOMAS. Pues ¿qué dice ahí?

LEANDRO. Escucha: «Hoy á las cinco de la mañana ha fallecido el señor don Juan de Villaroel, á consecuencia del susto que recibió antes de anoche cuando »unos ladrones quisieron matarle. No tenia parientes cercanos, y aun se ignora quién será su »heredero. Deja un caudal de cerca de diez y seis »millones.» Diez y seis millones!

GABRIELA. Pobre señor! De qué poco le ha servido su dinero!

TOMAS. Se ha muerto lo mismo que si no hubiera tenido un ochavo.

LEANDRO. Diez y seis millones!

TOMAS. Apuestas á que el viejo te ha dejado alguna manda en su testamento?

LEANDRO. Cá! Los ricos piensan que todo se lo merecen. Y si me hubiera dejado alguna limosna, yo no la aceptaria.

TOMAS. Que no?

LEANDRO. No.

GABRIELA. Y por qué?

LEANDRO. Porque el servicio que le presté no se paga con una limosna; porque yo no estoy en el caso de recibir unos cuantos duros.

TOMAS. Pues maldecido de cocer, ¿á quién pueden venirle mejor unos cuantos duros que á quien no tiene un solo maravedí?

LEANDRO. Bien sé que no tengo nada, Tomás; bien sé que estoy viviendo á tus expensas.

TOMAS. Caramba, no seas mal pensado.

LEANDRO. Ojalá que pueda librarte pronto de una carga que con razon se te va haciendo molesta.

TOMAS. Ves, Gabriela, ves qué cosas me dice? Anda, que tienes mal corazon!

GABRIELA. Válgame Dios, Leandro! Algunos dias estás insufrible. Á Tomás se le han saltado las lágrimas.

LEANDRO. No sé lo que me digo. Perdóname.

TOMAS. Con una condicion. Has de creer, á pies juntillas, que lo mio es tuyo.

LEANDRO. Con una condicion. Has de creer que cuanto yo pueda poseer en lo sucesivo, es tuyo tambien.

TOMAS. Trato hecho; y para poner á prueba tu buena fé, empiezo por decirte que tengo ahorrados cincuenta y siete reales, y que sé que á tí te hacen falta.

LEANDRO. Á mí? Te equivocas.

TOMAS. Al primer tapon, zurrapas.

LEANDRO. Te aseguro que no necesito ese dinero.

TOMAS. No ha estado aquí esta mañana tu amigo Pablo Ortiz á ver si podias socorrerle?

LEANDRO. Ah, si: es cierto.

GABRIELA. Pobre muchacho! Cuánta lástima da!

TOMAS. La madre anciana é impedida: el hijo tísico: con hambre los dos... Pues teniendo tú cincuenta y siete reales ¿has de negar un socorro á esos infelices?

LEANDRO. Bien: si tú lo dispones...

GABRIELA. Qué bueno eres y cuánto te queremos Leandro y yo!

TOMAS. (Me cree bueno... dice que me quiere... (Abre el cajon de una mesa y saca tres napoleones.) Toma: llévaselos. (Dándoselos á Leandro.)

LEANDRO. Le diré que se los llevo de tu parte.

TOMAS. Qué desatino! Tú eres su amigo y un señor como él. Dándoselos tú, los recibirá con menos empacho que si yo se los diera. Ya sabes que los pobres tenemos el feo vicio de ser orgullosos. (Con intencion.)

GABRIELA. Haz lo que te dice. (Á Leandro.)

LEANDRO. Coriente. Voy allá. (Quítase el gaban y pónese una levita bastante raida que habrá en una silla: se mira á un espejo, se arregla la corbata, se ahueca el pelo y se pone el sombrero.)

GABRIELA. Oyes? (Á Tomás.)

TOMAS. Si: el señor Leal, que quiere pasar adelante, y araña la puerta para que se le abra.

GABRIELA. Tendrá apetito. Esta mañana se fué sin probar bocado.

TOMAS. Es un calaveron de marca mayor. Ahora estaba en la calle rodeado de una caterva de camaradas de todos tamaños. Vínose á mí loco de alegria, y poniéndome las patas en el pecho me dijo: *guau, guau, guau*, con lo cual queria dar á entender: «Que sea usted bien venido, señor amo.» Y luego para echarla de guapo á mis ojos, fué á caer, botando como si fuera de goma elástica, encima del apiñado corro de sus amigos, que salieron pitando y poniendo el grito en el cielo. Cuando se vió solo, volvió la cara con mucho sosiego hácia donde me habia dejado, y me hizo un guiño, como diciendo: «Ya ve usted que aqui soy yo quien cobra el barato.»

GABRIELA. Voy á abrirle, que se impacienta.

TOMAS. Dime, Gabriela: ¿estás contenta de mí?

GABRIELA. No hay un mozo mejor que tú debajo de la capa del cielo. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA III.

TOMÁS y LEANDRO.

TOMAS. (Vamos; es cosa averiguada: esta chica me corresponde.) Eh, tú! vas á estarte acicalando hasta el dia del juicio? Mas veces te pones y te quitas la levosa al cabo del dia...

LEANDRO. He de salir á la calle hecho un puerco?

TOMAS. Pues vivo, que te esperan con hambre.

LEANDRO. Ya me voy. Hasta luego.

TOMAS. Ah, oye... Me has dicho que estás enomorado.

LEANDRO. Si; como tú.

TOMAS. Pues sepamos de quien.

LEANDRO. No es razon que tengamos secretos el uno para el otro.

TOMAS. No faltaba más!

LEANDRO. Á quien quieres tú?

TOMAS. Yo?... Habla tú primero.

LEANDRO. No: primero tú.

TOMAS. No: tú.

LEANDRO. Así no acabaremos nunca. Yo quiero á mi prima.

TOMAS. Eh! Á quién? Á Gabriela?

LEANDRO. Por qué te sorprende?

TOMAS. Qué sé yo? Como es tu prima.

LEANDRO. Y qué?

TOMAS. Justo ¿y qué?

LEANDRO. No te parece Gabriela digna de ser amada?

TOMAS. Si... lo que es eso!...

LEANDRO. Pues entonces ¿qué tiene de particular que me haya enamorado de ella?

TOMAS. No... la verdad es que no tiene nada de particular.

LEANDRO. Y tú ¿á quién quieres?

TOMAS. Yo... ¿qué sé yo?...

LEANDRO. Que no lo sabes?... Me obligas á confiarte mi secreto, y ahora te niegas á descubrirme el tuyo? No lo consentiré: habla.

TOMAS. (Qué apuro!)

LEANDBO. Quién merece tu amor?

TOMAS. ¿Quién... Pues... si: la chica del portero.

LEANDRO. La chica del portero! Pero, hombre, si es jorobada!

TOMAS. Ah... Si... cierto: es jorobada. Pues mira; quizá sea la joroba lo que á mí me ha hecho tilin.

LEANDRO. Hablas con formalidad?

TOMAS. Si.

LEANDRO. Pues con formalidad te digo que tienes un gusto!..

TOMAS. De mil demonios.

LEANDRO. Es preciso que se te quite eso de la cabeza. Dicen que una mujer es carga pesada. Figúrate lo que será una mujer con joroba.

TOMAS. Anda: no te detengas más.

LEANDRO. Adios.

TOMAS. ¿Le has declarado ya tu amor á Gabriela?

LEANDRO. No... Tú me ayudarás á declarárselo. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

TOMÁS.

Yo!... Pues no estaria malo! Para todo necesita ayuda el señorito. Es un perezoso... un egoista! Cree que todo se lo merece por su linda cara, y que él no debe nada á nadie... Qué es esto? Vamos á cuentas, señor Tomás. Por qué se enfurece usted contra su amigo, notándole ahora defectos que en tres años no le habia notado? Y ¿por que quiere á su prima? Y ¿por qué no la ha de querer? No la quiero yo? Vivir á su lado y no amarla, esto si que no hubiera merecido perdon de Dios. Haberse enamorado de Gabriela, es quizá lo único bueno que ha hecho ese bolonio en toda su vida. Y yo que habia llegado á concebir esperanzas de casarme con ella... Qué se le ha de hacer! Paciencia. Tengamos la virtud del pollino, como dice su señoria. Los casaré... Trabajaré para ella y para él... y para sus hijos... Me vengaré, haciéndolos felices: y yo tambien seré dichoso... asi... de cierta manera... pues... hasta cierto punto... eso es... hasta que no pueda aguantar más, y reviente como un ziquitraque. Porvíchele! Porvíchele! (Se sienta en el sofá, pone los brazos sobre el respaldo y reclina en ellos la cabeza.) Pero Leandro no le ha dicho aun esta boca es mia. Quién sabe si le querrá Gabriela? Quién sabe si me querrá á mí? Cá. Él gasta levita... yo blusa ó chaqueta... él tiene humos de gran señor... yo soy un pelele... No hay que devanarse los sesos: Leandro será el preferido... claro está. Y ¿por qué ha de estar claro? Su cabeza, si señor, su cabeza vale mas que la mia; pero mi corazon, —por qué no he de decirlo?—mi corazon vale más que el suyo. Ah! (Viendo salir á Gabriela por la puerta del foro.) Salgamos de dudas, y al vado ó á la puente.

ESCENA V.

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA Ya se ha comido su merced una cazuela de sopas.

TOMAS. Quieres á tu primo, Gabriela?

GABRIELA. Qué pregunta! Pues no le he de querer, si es mi primo? Ni le quiero por esto solo. Desde que antes de anoche se arrojó á salvar á ese anciano con riesgo de su vida, le quiero mil veces más que antes. (Con mucho calor.)

TOMAS. (Que no hallase yo por ahí otro viejo...)

GABRIELA. Además, (Reprimiéndose.) ya sabes que su padre me recogió cuando quedé huérfana, y que despues él me tuvo tambien á su lado.

TOMAS. No hizo más que cumplir una obligacion.

GABRIELA. Rara suerte la mia, Tomás! Siempre amenazada de quedarme sola en el mundo, y siempre hallando amparo y cariño en corazones generosos. Primero don Diego, que en gloria esté, luego Leandro, luego tú. Tú si que no tenias obligacion ninguna de ampararme. Por eso á nadie debo tanta gratitud como á tí.

TOMAS. (Algo es algo. Y como él que da primero, da dos veces... Pecho al agua! Declarándome antes que el otro...)

GABRIELA. En qué piensas?

TOMAS. Gabriela, has de saber... (Como yéndose á declarar.) (Guarda, Pablo. Las calabazas me gustan poco. Hagamos antes una prueba.) Gabriela?

GABRIELA. Qué?

TOMAS. Leandro tiene un disgusto.

GABRIELA. Un disgusto! Cuál?

TOMAS. Está enamorado.

GABRIELA. Enamorado? Él! De veras?

TOMAS. (Malo!) De veras.

GABRIELA. No puede ser. Cá! Figuraciones tuyas.

TOMAS. Lo sé de buena tinta.

GABRIELA. Por dónde lo sabes?

TOMAS. Él mismo me lo ha dicho.

GABRIELA. Con que no hay duda! Con que es verdad?

TOMAS. (Malo! Malo!) Verdad es, por desgracia.

GABRIELA. Por desgracia, dices? No es digna de su cariño esa mujer? Entonces hay que abrirle los ojos, hay que impedir que haga un desatino.

TOMAS. (Malo! Malo! Malo!)

GABRIELA. No faltaba más sino que una picarona... Salvémosle del peligro que corre. Tú me ayudarás á desengañarle.

TOMAS. (Todo el mundo quiere que yo le ayude, y nadie quiere ayudarme á mí.)

GABRIELA. Apostaria cualquier cosa á que ella no le ama.

TOMAS. Pues perderias. Le ama, le adora sin saberlo.

GABRIELA. Sin saberlo.

TOMAS. Es una criatura angelical, que aun no se ha dado cuenta á sí misma de lo que pasa en su corazon. Cree que es amistad el amor que tiene á Leandro; pero solo al pensar que ama á otra mujer, siente celos... se pone pálida... sus ojos echan chispas... se altera su voz... su mano tiembla .. (Asiéndole una mano.)

GABRIELA. Tomás... (Muy turbada.)

TOMAS. Te digo que le quiere, le quiere mucho. (Óyese un campanillazo.) No opinas tú lo mismo que yo?

GABRIELA. Suéltame: estan llamando. (Gabriela se va corriendo por la puerta del foro.)

TOMAS. La pobre huye avergonzada al ver descubierto su cariño! Qué romperia yo? Yo quiero romper algo! Hay hombres que nacen de pié. Yo nací en martes y lloviendo! Bueno que se quieran: bueno que se casen: pero esto de que se quieran en mis barbas; esto de que se casen en mis hocicos... Si pudiera huir... Ojos que no ven... Y cómo hago yo eso? Cómo los abandono? No hay más: tendré que casarlos yo mismo. Buen bromazo voy á correr. Sudando estoy. Se me arde la frente. Si me diera un tabardillo pintado, ¡qué bien me vendria!

ESCENA VI.

TOMAS y LEANDRO.

LEANDRO. Qué casa aquella, Tomás! Un chirivitil en que se

da con la cabeza en el techo: un catre con un jergon para la madre, un jergon en el suelo para el hijo, una silla desvencijada para los dos: un fogon sin lumbre, ni ceniza siquiera, que da frio de solo verlo! Al contemplar aquel espectáculo, recordaba yo con espanto que ese viejo que ha muerto hoy poseia diez y seis millones. Qué monstruosa desigualdad! (Quítase la levita y pónese el gaban.)

TOMAS. Perora, hijo, perora; y quítate la levita. (Con soflama.)

LEANDRO. No tengo más que esta, si no la cuido... (Óyese un fuerte campanillazo y ladridos de perro.)

TOMAS. Caramba! Ese quiere entrar.

LEANDRO. Quién podrá ser á estas horas?

TOMAS. Á Leal no le ha hecho gracia el campanillazo.

LEANDRO. Siempre que oigo llamar á la puerta, me entra un desasosiego... (El perro ladra cada vez mas fuerte.)

ESCENA VII.

DICHOS y GABRIELA.

GABRIELA. Leandro, Leandro. (Saliendo muy turbada por la puerta del foro.)

LEANDRO. Qué hay? (Con ansiedad.)

TOMAS. Quién es? (Notando la turbacion de Gabriela y acercándose á ella.)

GABRIELA. Un lacayo que ha preguntado si estás en casa.

LEANDRO. Un lacayo!

GABRIELA. Su amo, que se habia quedado en el coche, va á subir en seguida.

TOMAS. Calla: te visitan á tí señores de coche?

LEANDRO. Un señor de coche buscarme á mí? ¿Qué me querrá?

GABRIELA. Le abro?

LEANDRO. Pues qué has de hacer? Anda y abre en seguida. (Váse Gabriela por la puerta del foro. Leandro se quita el gaban, que echa dentro de un cuarto, cuya puerta cierra; se pone la levita, arregla los muebles, se ahueca el pelo con la mano mirándose al espejo, se estira el chaleco, se mira el pantalon, tose y escupe; todo con mucha precipitacion y azoramiento.)

TOMAS. Otra te pego, Mateo?

LEANDRO. Recibir aqui á un caballero que tiene coche!

TOMAS. Ya supondrá que aquí no vive el emperador de los cochinchinos. (El perro ladra desaforadamente.)

LEANDRO. Y á ese maldito animal que nunca ladra, se le ocurre ahora alborotar así.

AGUILAR. Chucho! Chucho! (Dentro.)

GABRIELA. Leal! Leal! (Dentro.)

TOMAS. No le deja pasar de la puerta. (Asomándose á la puerta del foro.)

LEANDRO. (Qué bochorno!)

TOMAS. Y el hombre tiene una cara de espanto! (Riendo.)

LEANDRO. Anda tú, por los clavos de Cristo.

TOMAS. Largo abí, Leal, largo. (Yéndose por la puerta del foro. El perro deja de ladrar y empieza á gruñir.)

LEANDRO. Qué idea formará de mí ese caballero viéndome en esta casa?

ESCENA VIII.

LEANDRO, TOMÁS, AGUILAR y GABRIELA.

AGUILAR. Pícaro bicho... Cómo ladra! Beso á usted la mano.

LEANDRO. Caballero. . (Saludándole muy cortado.)

AGUILAR. Creí que se me venia encima. Qué feo es el condenado!

TOMAS. (Feo mi perro? Mas feo es él, y pasa.) Diré á usted: Leal es muy pacífico, (Haciendo cortesias.) pero se conoce que usted le ha chocado. Como no tiene costumbre de recibir visitas tan majas!... (Leandro le hace señas para que calle.)

LEANDRO. (Qué necio!) Dispénseme usted el favor de sentarse.

AGUILAR. Gracias. Y usted, ¿no se sienta? (Á Leandro.)

LEANDRO. Si... si señor. (Sentándose á alguna distancia de Aguilar.)

AGUILAR. Más cerca...

LEANDRO. Si... como usted guste. (Acercándose un poco.)

AGUILAR. Tengo la honra de hablar con el señor don Leandro Jimenez?

LEANDRO. Servidor de usted.

AGUILAR. Muy señor mio. Pues yo soy don Estéban Aguilar, pariente, aunque lejano, del señor don Juan de Villaroel, á quien usted salvó antes de anoche vale-

rosamente de manos de unos ladrones. Los hombres capaces de arriesgar su vida por la del prójimo merecen, cualquiera que sea su condicion social, el aprecio y respeto de todo el mundo, y yo vengo á manifestarle á usted mi gratitud y á ofrecerle una mano de amigo.

LEANDRO. Tanta bondad! (Dándole la mano.)

TOMAS. (Me revienta este tio!) (Bajo á Gabriela.)

GABRIELA. Pues parece muy bueno. (Bajo á Tomás.)

AGUILAR. Es usted un bienhechor de la humanidad! (Canalla!) Un héroe!

LEANDRO. Héroe yo! El favor que tuve la dicha de prestar al señor don Juan de Villaroel...

AGUILAR. Fué inmenso. Lo que él decia: «Por ese mozo he vivido algun tiempo más, y puedo morir en mi lecho cristianamente, con la esperanza de resucitar á vida mejor.» Era un santo. Ya habrá recibido en el cielo la recompensa de sus virtudes. (Fingiendo que llora y restregándose los ojos con un pañuelo.)

GABRIELA. Ves cómo llora? (Conmovida.)

TOMAS. Llora ó finge llorar?

LEANDRO. Es usted su heredero?

AGUILAR. No señor: no lo soy, contra lo que todo el mundo esperaba. Cualquiera otro en mi lugar, hubiera tomado el cielo con las manos. Yo no. Lejos de condenar su conducta, la admiro, la aplaudo. (Con vehemencia fingida.) Qué hombre aquel, qué hombre! Qué corazon! (Fingiendo enternecerse otra vez.)

TOMAS. (Cuánta pamema!)

AGUILAR. El objeto de mi visita es darle á usted una buena noticia.

LEANDRO. Á mí?

AGUIBAR. He querido ser quien primero se la diese á usted. El señor don Juan lega por su testamento la mitad de sus bienes para dotar hospitales y otras obras de beneficencia...

TOMAS. Bravo! Y luego se dirá que los ricos... (Acercándose á Leandro.)

LEANDRO. Tomás!

TOMAS. (Tente, lengua) (Retirándose.)

AGUILAR. La otra mitad, que ascenderá en fincas rústicas y

urbanas á unos ocho millones de reales, sobre poco más ó menos, se la deja á usted.

LEANDRO. Eh!... (Levantándose.)

GABRIELA. Dios mio!

TOMAS. Caracoles!

LEANDRO. Dice usted que...

TOMAS. Eso debe ser una broma.

AGUILAR. Digo que á estas horas es usted dueño de un caudal de ocho millones.

LEANDRO. Será posible!... Tanto dinero!... Se me va la vista... Todo da vueltas á mi alrededor. (Apoyándose en una silla.)

GABRIELA. Leandro! (Corriendo á sostenerle.)

TOMAS. Vamos, hombre, que la cosa no es para tanto. (Sosteniéndole tambien y haciendo que se siente en una silla.)

AGUILAR. Serénese usted. (Mal provecho le haga.)

GABRIELA. Te daré agua con unas gotas de vinagre.

LEANDRO. No es menester. Ya pasó. Ocho millones!

AGUILAR. La presencia de un extraño en este momento debe serle á usted enojosa.

LEANDRO. No, de ningun modo... Al contrario...

AGUILAR. Ya nos veremos. Creo que esta señorita es prima de usted. Preciosa criatura!

GABRIELA. (Jesus, qué sofoco!)

AGUILAR. Mi sobrina y pupila, la marquesita de Torregalindo, tendrá mucho gusto en ser amiga de usted.

GABRIELA. (Amiga yo de una marquesa!)

AGUILAR. Usted no conoce á mi sobrina? (Á Leandro.) Oh, es una perla! Toca el piano como Listz, canta como la Patti, habla el francés como un francés. El hombre que logre llamarla esposa, será el más feliz de los mortales. Conque lo dicho, seremos muy amigos.

LEANDRO. Caballero... usted... la marquesa... el difunto... yo...

AGUILAR. Les pondré á ustedes en relaciones con la grandeza.

LEANDRO. Con la grandeza!

AGUILAR. Tengo palco en el Teatro Real, y cuando ustedes gusten favorecerme...

GABRIELA. Palco!

LEANDRO. Palco en el Teatro Real!

TOMAS. ¡Ave María Purísima!

LEANDRO. Otro vahido! (Déjase caer en una silla.)

AGUILAR. Estoy abusando... (Dándole la mano.)

LEANDRO. Mi gratitud... mi... (Queriendo levantarse y volviendo á caer en la silla como atontado.)

AGUILAR. Quieto... quieto... Entre amigos íntimos como nosotros... (Á Gabriela alargándole la mano: ella le da la suya con rubor.) Va usted á volver locos á todos los pollos del gran mundo...

GABRIELA. (Tiemblo de pies á cabeza.)

AGUILAR. Este será su criado de usted? Abur tú, muchacho.

TOMAS. Me gusta!

LEANDRO. No... Es... es mi amigo. (Turbado y como haciéndose violencia.)

AGUILAR. Ah... Mil perdones! (Dándole la mano.)

TOMAS. (El demonio del tio este!...)

AGUILAR. Señores... Señorita... (Saludando.) (Me conviene. Puede pasar.) (Mirando á Leandro. Váse por la puerta del foro.)

LEANDRO. No sé qué me sucede. (Como alelado.)

GABRIELA. Ni yo!

TOMAS. Ni yo! (Óyese ladrar al perro con furor.)

AGUILAR. Ay! (Dentro, dando un grito.)

LEANDRO. El perro! (Yendo hácia el foro.)

TOMAS. Otra vez!

AGUILAR. Chucho, quieto! (Sale corriendo y despavorido por la puerta del foro, hasta donde debe suponerse que le ha seguido el perro ladrando.)

LEANDRO. Quieres callar? (Haciendo ademan de dar un puntapié al perro, que se retira aullando.)

AGUILAR. Eso no es perro, es una fiera, es el mismo demonio!

LEANDRO. Le hemos dejado á usted salir solo... Nuestro aturdimiento...

AGUILAR. Bah. Cuando hay confianza... Hasta la vista. (Váse por la puerta del foro precedido de Leandro.)

GABRIELA. Qué dices, Tomás? (Como asombrada.)

TOMAS. Yo, nada. Y tú?

GABRIELA. Qué cosa tan rara, eh? (Óyese cerrar la puerta de la escalera y gruñidos del perro.)

TOMAS. Muy rara, mucho.

ESCENA IX.

TOMÁS, GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO. Tomas! Gabriela! (Óyese ladrar al perro y arañar la puerta.) Estoy soñando? Vosotros lo habeis oido como yo. Tengo dinero, mucho dinero... Cierta es mi felicidad.

TOMAS. Bien me maliciaba yo, que el buen viejo haria algo por tí. Pero quién se habia de figurar?... Mira... mira... Esta se ha quedado patilifusa.

LEANDRO. Alégrate, chica; soy millonario.

GABRIELA. Sí me alegro... solo que una alegria tan repentina...

TOMAS. Le compraremos un collar de plata á Leal, eh?

LEANDRO. De oro! Llegó la mia! Ah, señores ricos, qué buena leccion os voy á dar!

TOMAS. No serás vanidoso?

LEANDRO. Yo vanidoso? Quita allá!

TOMAS. No te olvidarás de que hay pobres que tienen hambre?

LEANDRO. Tonto, quién ha de tener hambre, teniendo yo tanto dinero? Se acabaron los pobres!

TOMAS. Toca ahí. (Alárgándole la mano.)

LEANDRO. Tomasillo! (Abrazándole.)

GABRIELA. Qué gusto!

TOMAS. Ah! (Fijando la vista en Gabriela.)

LEANDRO. Ocho millones! Ocho millones!

TOMAS. Te parece que tener ocho millones es gran ventura?

LEANDRO. Me parece que es la mayor felicidad de la tierra.

TOMAS. Calla, bárbaro. Aun hay dicha mayor, ocho millones de veces mayor.

LEANDNO. Te chanceas?

TOMAS. Gabriela te ama!

GABRIELA. Oh!

LEANDRO. Qué dices?

TOMAS. La verdad.

LEANDRO. Gabriela!

GABRIELA. Pero...

TOMAS. Él te ama á tí

GABRIELA. De veras? (Con íntimo gozo.)

TOMAS. Mira cómo le sale el gozo á la cara. (Á Leandro, señalando á Gabriela.)

LEANDRO. Pues tambien Tomás está enamorado. Pero si vieras qué mal gusto ha tenido! Já... já... (Riendo.)

GABRIELA. Pues ¿á quién quiere?

TOMAS. Calla. (Maldita jorobada! Solo me faltaba que ella creyese...) Con que no hay más que hablar. Os casareis inmediatamente. Seré padrino de la boda. Házla muy dichosa, Leandro: si, muy dichosa... porque si no... (Llorando.)

LEANDRO. Y ¿á qué viene ahora llorar?

TOMAS. Viene... Qué sé yo á qué viene? Lloro... porque... Justo y cabal... Porque estoy tan contento!... (Riendo y llorando.) Pero dile algo, bobo: dile... pues... lo que se dice en tales casos.

LEANDRO. Me quieres?

GABRIELA. Creo que si.

LEANDRO. Pues yo te adoro, te idolatro.

TOMAS. (No hay más remedio que ir tragando saliva.) No se anden ustedes con repulgos de empanada. Un abrazo. (Arrojando á Gabriela en los brazos de Leandro.)

LEANDRO. Gabriela!

GABRIELA. Leandro!

TOMAS. Asi me gusta... Vivan los novios!

GABRIELA. Viva Tomás!

TOMAS. Si, viva Tomás. (Grandísima pícara!) (Llorando otra vez.)

LEANDRO. Dale! No llores.

TOMAS. Se acabó. Alegria, alegria! Viva el dinero que ha de servir para hacer bien.

LEANDRO. } GABRIELA. } Viva! viva!

TOMAS. Ven acá tú, muchacha. (Cogiéndola y empezando á bailar con ella una polka.)

TOMAS. } GABRIELA. } Tararí, tararí... (Tarareando una polka.)

LEANDRO. Tararí... Ocho millones... Tararí... Ocho millones... (Tarareando tambien la polka y bailando solo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala. Puertas laterales y otra en el foro. Un retrato al óleo de don Juan de Villaroel, con la cruz de Calatrava y la banda de Cárlos III.

ESCENA PRIMERA.

DON VICENTE, un criado, un lacayo, tapiceros que se ocupan en poner colgaduras en las puertas, ebanistas y mozos que entran y salen, llevándose los muebles que hay en la escena y trayendo y colocando otros nuevos de mucho lujo: despues TOMAS.

DON VICENTE. Qué batahola! No sé dónde tengo la cabeza. Más deprisa, muchachos. Á esta hora (Mirando el reló.) queria el señor que estuviese ya todo listo. Y á fé que el niño es blando de genio. (Para sí.) (Á los mozos que salen trayendo un sofá, indicándoles el sitio en que han de colocarlo.) Eh! el sofá en este lado... Asi... Y vosotros (Á los tapiceros.) ¿no acabais todavia? Aquel si que era un señor! (Señalando al retrato de don Juan de Villaroel.) Un señor á carta cabal. Ay, Jesus, entre éste y aquel ¡qué diferencia!

TOMAS. Han acabado ya? (Saliendo por la puerta de la derecha de primer término.)

DON VICENTE. Si, señor. Traeis las cuentas? (Un tapicero y un ebanista hacen una señal afirmativa.) Pues vengan acá y tomad el portante. (Tomando los papeles que le dan

un tapicero y un ebanista. Vánse los tapiceros, los ebanistas y los mozos.) Tú anda corriendo á casa de L'Hardy y tráete el faisan. (Al criado, que se vá.) Tú con Miguel vé poniendo la mesa. Ya sabeis: para servir la comida, frac negro y corbata blanca. (Váse el lacayo.)

TOMAS. Válgame Dios! Todo este tragin para dar de comer á una sola persona.

DON VICENTE. Se empeñó el señor en que hoy mismo se habia de alhajar de nuevo esta sala, y como en diciendo él melon, hay que ponerle la tajada en la mano...

TOMAS. Va á perder la chaveta!

DON VICENTE. Que la va á perder? No señor: ya la tiene perdida.

TOMAS. Eh! Cómo se entiende? Usted se atreve á murmurar de su amo?

DON VICENTE. Ay, señorito, si don Leandro fuera como usted!...

TOMAS. Es mejor que yo. Estamos? Mil veces mejor.

DON VICENTE. Bien, corriente, será un ángel del cielo... pero ¡qué genio tiene! Ay, qué genio tan pícaro!

TOMAS. Se enfada pronto, no lo niego, pero en seguida se le pasa.

DON VICENTE. Y se vuelve á enfadar. Ni se enfada solo conmigo, sino tambien con usted y hasta con la señorita Gabriela, que esto si que no merece disculpa. Y note usted cómo la pobrecilla anda siempre escondiéndose por los rincones para llorar sin que la vean.

TOMAS. (Empieza á conocerle.)

DON VICENTE. Pues se me antoja á mí que la señorita no hará muy buen casamiento, casándose con su señor primo.

TOMAS. Y á usted ¿quién le mete?...

DON VICENTE. Cierto. Y sabe Dios si luego mi señor don Leandro será un marido á pedir de boca... Aunque pienso yo que no se muere por su prima.

TOMAS. Pues se engaña usted, amiguito: la ama, la adora.

DON VICENTE. Bueno; convenido. Pero ya se ve, como ella es una malva y él un cardo borriqueño, vamos al decir: como ella peca de humilde y él tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca...

TOMAS. Don Vicente! Cuidado con la lengua. Ya va de dos.

DON VICENTE. No, si no lo decia yo por ofenderle. Quién está libre de defectos? Solo que observo que cuanto más señor es un señor, con más sencillez y benevolencia trata á los demás, y que no hay diablo que resista al que no es señor y quiere parecerlo. Su excelencia, mi amo... El otro... aquel (Señalando al retrato.) tenia una prosapia de las buenas, y era caballero calatravo y gran cruz de Cárlos tercero—Véalo usted—(Señalando de nuevo al retrato.) y senador del reino, y ¿qué sé yo? Pues no se puede usted figurar un señor más llano y más afable con todo el mundo. Y no hubiese miedo de que ningun inferior se le subiese nunca á las barbas. Cá: nada de eso. Sin vanas exterioridades sabia él hacerse respetar, porque él—Entiéndame usted—él era un señor por de dentro, asi como otros... pues... no lo son más que por de fuera.

TOMAS. Y qué? Quiere usted dar á entender que Leandro?... (Con enojo.)

DON VICENTE. No, señorito, yo no quiero dar á entender nada contra mi señor don Leandro. Y eso que á veces manda cosas que á mí, clarito, no me parecen bien. Ayer, sin ir más lejos, mandó subir los alquileres de las casas y el arrendamiento de las tierras, y poner por justicia á los pobres que no pueden pagar los atrasos inmediatamente.

TOMAS. Cómo! Usted ya chochea, buen hombre. Oiria usted mal.

DON VICENTE. Vaya, que tambien usted me echa unos requiebros... Tan cierto es lo que ha oido usted como que nos hemos de morir. Su excelencia, mi amo, pensaba muy de otra manera. Cuando algun métome-en-todo le decia que los alquileres y arrendamientos de las fincas estaban muy bajos, respondia él con mucha calma, tomando así un polvo: (Sacando una caja de rapé y tomando un polvo.) «No quiero ser yo más rico, haciendo que otros sean más pobres.»

TOMAS. Algun métome-en-todo de esos de que hablaba usted antes, habrá aconsejado mal á su nuevo amo.

DON VICENTE. Y ya me figuro yo quién habrá sido.

TOMAS. El señor Aguilar?

DON VICENTE. El mismo que viste y calza.

TOMAS. Qué casta de pájaro es ese?

DON VICENTE. Es un pájaro que canta en la mano, un viejo verde, un calavera incorregible. En viajes y en vicios de todo género ha derrochado el bendito señor un caudal muy considerable; y aun dicen malas lenguas que se ha comido los bienes de su pupila. Viéndose ahora entrampado y lleno de deudas, queria pescar la herencia de mi amo con el achaque de ser pariente suyo. Un parentesco que no le alcanza un galgo. Pero su excelencia, mi amo, solia decir, arreglándose asi el cuello de la camisa: «Con mi dinero no hará tonterias ese tonto.»

TOMAS. Con que tiene deudas?

DON VICENTE. Debe hasta el modo de andar.

TOMAS. Y entonces ¿cómo vive tan bien? Cómo gasta ese lujo?

DON VICENTE. Pidiendo y no pagando, que es cosa muy cómoda.

TOMAS. Pero ¿cómo halla quien le dé si no paga?

DON VICENTE. Por eso mismo. En Madrid los tramposos tienen mucho crédito. De algun tiempo á esta parte bebe los vientos buscando un marido millonario para su pupila, porque la tal marquesita de Torregalindo es otra que bien baila! Para novio no le parece mal un don Federiquito Vilches, teniente de Estado mayor, buen mozo, pero pobre. Para marido quiere á todo trance un ricacho que pueda alimentarle las vanidades.

TOMAS. Ay, don Vicente, y que malicioso es usted!

DON VICENTE. Lo que su excelencia, mi amo, solia decir, atusándose asi el poco pelo que le habia quedado: «Malicioso me llaman porque no me dejo engañar.» (Con risa placentera.)

ESCENA II.

DICHOS y LEANDRO, que sale por la puerta de la izquierda.

LEANDRO. Qué tengo yo mandado? (Á don Vicente con ira.)

DON VICENTE. Ay señor ¿qué sé yo? Tantas cosas tiene usted mandadas...

LEANDRO. Qué órden le dí á usted esta mañana en el comedor?

DON VICENTE. No recuerdo...

LEANDRO. Si usted no recuerda nada... Si es usted un pazguato...

DAN VICENTE. Nunca me injurió así el difunto en treinta y cinco años, seis meses y veinte dias que tuve el gusto de servirle: y una vez, sabedor de que yo habia llamado tonto á un pinche de cocina, me dijo, dándome golpecitos en el hombro: «Vicente: injuriar á los iguales es malo, y mil veces peor injuriar á los inferiores.»

LEANDRO. Ya estoy harto de oirle á usted referir las cosas que decia el difunto. ¿No mandé esta mañana que se atase al perro?

DON VICENTE. Si señor, y el lacayo le ató delante de mí.

LEANDRO. Pues ¿cómo anda ahora suelto?

TOMAS. Porque le he desatado yo.

LEANDRO. Ah... Bueno: eso es distinto. (Disimulando su enojo.)

DON VICENTE. Qué le parece á usted esta sala?

LEANDRO. Ps, regular.

DON VICENTE. Pues treinta y cinco mil reales han importado los muebles, las colgaduras y la alfombra. Aqui estan las cuentas. (Enseñándole los papeles que antes le dieron el tapicero y el ebanista.)

LEANDRO. Bien, páguelas usted. Han traido ya el faisan?

DON VICENTE. Ya han ido á buscarle.

LEANDRO. Enséñemelo usted cuando lo traigan. Quiero verlo. La comida será buena, eh?

DON VICENTE. Con probar un poco no más de cada plato, habrá para reventar de una indigestion.

LEANDRO. Se han traido los vinos que dije?

DON VICENTE. Si, señor: Burdeos, blanco y tinto, Champagne, Oporto, Borgoña, Rin...

LEANDRO. Que no falte nada. Usted me responde de todo, y cuidado conmigo... Qué hace usted ahí todavia? Váyase usted.

DON VICENTE. (Es un déspota! Es un tirano! Ay, Jesus, entre éste y aquel qué diferencia!) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA III.

TOMÁS y LEANDRO.

Leandro se sienta á la derecha, dando la espalda á Tomás. Pausa.

TOMAS. Te enoja el que haya dado suelta á Leal?

LEANDRO. Pues no ha de enojarme? (Levantándose.) Ahora se iba á tumbar en el sofá de ese otro salon. Todo lo ensucia, todo lo rompe.

TOMAS. Quiere seguir su antigua costumbre de estar siempre á tu lado. En cuanto le atan, da unos aullidos tan lastimeros, que me parten el corazon. Ya sabes que Leal fué durante mucho tiempo mi solo camarada, y que le tengo afecto de amigo. No me avergüenzo de confesarlo. Por qué no le he de querer, si él me quiere á mí? Y á tí tambien te quiere mucho el pobre animalejo, á pesar de que ahora le tratas tan mal. Seguro estoy de que dirá allá para sus adentros: «Pues señor, con la mudanza de fortuna de los señores, no he salido yo ganancioso: antes era pobre, pero libre: ahora soy rico, pero esclavo.» Y créete tú que para los perros, como para los hombres, las riquezas no son tan estimables como la libertad.

LEANDRO. Si no hiciera más que ensuciar y romper... Pero esto de ladrar y ponerse como una furia en cuanto ve al señor Aguilar...

TOMAS. Sus razones tendrá para ello el animalito! Ese señor nos carga á Leal y á mí.

LEANDRO. Te carga!... Acostúmbrate á hablar con finura. Luego sueltas delante de la gente unas expresiones!...

TOMAS. Ya procuro irme afinando y hasta me he puesto futraque por darte gusto, que no es mala mortificacion esto de verse uno con cola; pero la cabra siempre tira al monte.

LEANDRO. Y ¿por qué te carga un caballero á quien debo tantas atenciones?

TOMAS. Por eso mismo. No es natural que un señor tan encopetado esté á partir un piñon con el hijo de

un zapatero.

LEANDRO. Te he dicho que no hay necesidad de sacar á colacion si mi padre fué zapatero ó no lo fué.

TOMAS. El señor Aguilar confiaba en heredar á su pariente, y no debia mirar con buenos ojos á quien le ha birlado la herencia.

LEANDRO. No tienen tan ruines sentimientos las personas de cierta clase.

TOMAS. Antes decias que las personas de cierta clase eran vanidosas y egoistas, y qué sé yo cuántas cosas más.

LEANDRO. Entonces era pobre, y los pobres piensan mal de los ricos, porque los ciega la envidia y el rencor.

TOMAS. Antes decias que los pobres eran unas palomitas sin hiel.

LEANDRO. Mira: antes decia lo que estimaba oportuno, y ahora digo lo que me da la gana.

TOMAS. Lo que te da la gana... Pues tampoco ese modo de hablar es muy fino, que digamos. El maestro Ciruela, que no sabia leer y ponia escuela.

LEANDRO. Si no te empeñases en sacarme de mis casillas...

TOMAS. Yo he de hablarte siempre con sinceridad. Ese hombre te está dando malos consejos.

LEANDRO. De qué lo infieres?

TOMAS. Por consejo suyo quieres subir los alquileres de las casas y los arrendamientos de las tierras, y poner por justicia á los pobres que no pueden pagar.

LEANDRO. Te lo ha dicho don Vicente, eh? Yo le aseguro...

TOMAS. Y á fé que tratas muy mal á ese anciano.

LEANDRO. Si no hay paciencia que le aguante. Siempre recordando lo que decia el señor don Juan.

TOMAS. Bien hicieras tú en no olvidar lo que te encarga en su testamento. Que uses bien el caudal que te lega; que te contentes con sacarle una ganancia moderada; que tengas caridad con los pobres...

LEANDRO. Era un maniático.

TOMAS. Y aun por eso tuvo la mania de regalarte ocho millones.

LEANDRO. Modérate. Bien sabes que soy poco sufrido. No parece sino que es alguna picardia querer arreglar la administracion de mis bienes. Un capital que apenas produce un tres por ciento.

TOMAS. Así y todo tienes una renta de doce mil duros limpios de polvo y paja.

LEANDRO. Y eso, ¿qué es?

TOMAS. En toda tierra de castañas, doce mil duros son doce mil duros.

LEANDRO. Otros tienen más.

TOMAS. Si; y otros tienen menos.

LEANDRO. Tú no has visto el mundo: tú ignoras cómo viven los ricos. Si hubieras estado como yo en el baile que dieron anoche los duques de Renedo... Qué lujo aquel! Qué magnificencia! Una escalera de mármol llena de luces y flores, y en cada tramo dos lacayos con libreas verdes y amarillas y pelucas blancas.

TOMAS. Estarian preciosos!

LEANDRO. Y luego, ¡qué buffet!

TOMAS. Bu... qué?

LEANDRO. La cena, hombre!

TOMAS. Ah, ya. Como le panen ustedes á las cosas unos nombres tan raros!

LEANDRO. El duque es la persona más notable de todo Madrid! Ya sabes que hoy come conmigo. (Con júbilo.) Vergüenza me dará recibirle en esta casa.

TOMAS. Pues ¿no te parecia un palacio?

LEANDRO. Un palacio es comparada con nuestra guardilla: una guardilla comparada con el palacio del duque. Esta pieza no ha quedado ahora muy mal. Pero qué, si en Madrid no se encuentra nada! Ya se ha escrito á Paris encargando muebles dorados, espejos, bronces, arañas, carruajes...

TOMAS. Decias bien, Leandro: doce mil duros son muy poco.

LEANDRO. Las cinco y media. (Mirando el reló.) Me ofreció venir á las cinco. Cómo tardará tanto! (Con mucha impaciencia.)

ESCENA IV.

DICHOS, DON VICENTE y un CRIADO.

LEANDRO. El señor duque de Renedo, eh? (Al ver á don Vicente.) Que pase, que pase en seguida.

DON VICENTE. Si no es el duque.

LEANDRO. Pues ¿quién es?

DON VICENTE. El faisan. (Señalando á un criado que aparece en este momento con una fuente, en que habrá un faisan en galantina, adornado con el cuello, la cabeza, las alas y la cola.)

TOMAS. Já... já... já... (Riendo.)

LEANDRO. Podia usted haberlo dicho antes.

DON VICENTE. Si usted no me ha dejado hablar.

LEANDRO. Silencio. Llega tú. (Al criado, que se acerca con la fuente en las manos. Leandro examina el faisan.)

TOMAS. Canario! Está vivo! (Viendo el faisan y dando un respingo.) Leandro, ¿se comen vivos estos animaluchos?

LEANDRO. No disparates. Está muerto y guisado.

TOMAS. Vamos, ya entiendo. Es que ahora se comen las plumas tambien. Pícaro gusto!

LEANDRO. No, hombre, no: eso no es más que un adorno.

TOMAS. Ya, ya... Qué diablo de ocurrencia!

LEANDRO. Está bien. Vete. (Váse el criado.) Creo que llaman. (Á don Vicente.) Cuidado que le haga usted mil cortesias y que le dé tratamiento de excelencia.

DON VICENTE. Á quién? Al faisan?

LEANDRO. Al duque, señor mio, al duque.

TOMAS. Já... já... já... (Riendo.)

DON VICENTE. Como usted no se explica...

LEANDRO. Como usted es un majadero... Que entre aqui. Pero ¿no va usted?

DON VICENTE. Ya voy... ya voy... Al que no está hecho á bragas... (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

TOMAS, LEANDRO y despues DON VICENTE.

LEANDRO. Mira lo que dices delante del duque: mira que no se te escape alguna sandez.

TOMAS. Maldita la necesidad que tengo de verle. Puesto que no he de comer hoy en la mesa...

LEANDRO. Como sé que no te gustan los cumplimientos, por hacerte favor, lo dispuse así.

TOMAS. Y yo te lo agradezco.

DON VICENTE. Señor... (Saliendo por la puerta del foro.)

LEANDRO. No le he dicho á usted que pase en seguida? Por

qué no entra?

DON VICENTE. Pero ¿quién?

LEANDRO. Quién ha de ser? El duque.

DON VICENTE. Señor, por las once mil vírgenes, que no es el duque.

LEANDRO. No es el duque?

DON VICENTE. Es uno que dice que se llama Pablo Ortiz.

LEANDRO. Ortiz! (Manifestando disgusto.)

TOMAS. No te alegra que haya venido?

LEANDRO. El otro dia le ví en la calle hecho un Adan.

TOMAS. Como que el pobre no ha heredado ocho millones.

LEANDRO. Pero yendo con aquella facha y yo acompañado, bien pudo comprender que no debia saludarme.

TOMAS. Por qué no, si te conoció y es amigo tuyo? Ay, Leandro, á verte el corazon, acaso te hubiera desconocido.

LEANDRO. Tomás!

TOMAS. No te alteres, que es de mal tono.

LEANDRO. Le ha dejado usted entrar?

DON VICENTE. Si señor.

LEANDRO. Qué torpeza! No conoció usted por su traje que era un pobre.

DON VICENTE. Pues por eso le abrí la puerta. Porque su excelencia, mi amo, dijo una vez, levantando así el dedo, que un rico podia cerrar á otro rico su puerta, pero que al pobre debia abrírsela siempre de par en par.

LEANDRO. En canal le abriria yo á usted de mejor gana que lo digo.

DON VICENTE. (Aprieta!)

LEANDRO. Ya sabes que aguardo á ese caballero. Recibe tú á Pablo.

TOMAS. Corriente: ese no trae sucia más que la ropa. (¡Gabriela! Gabriela.) (Váse por la puerta del foro.)

DON VICENTE. El hábito no hace al monje, y por eso mi amo solia decir, estirándose asi el chaleco...

LEANDRO. Basta. Váyase usted.

DON VICENTE. Ay, Jesus, entre éste y aquel, ¡qué diferencia!) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

LEANDRO.

Al fin y al cabo tendré que rifar con Tomás. Se empeña en fiscalizar todas mis acciones, y esto no lo puedo yo consentir. Qué ruin es! Aunque la mona se vista de seda... Por culpa suya, estoy continuamente con el alma en un hilo. Ese afan de recordar lo pasado... Cuando yo era pobre, podia tener cierto género de amistades. Ahora... Qué remedio? Hay distintas esferas sociales. Cada uni. debe vivir en la suya. Las seis menos cuarto, (Mirando el reló.) y no viene aun! Me enoja la tardanza! Se habrá vestido bien Gabriela?.... Es tan corta de genio... tan humilde... tan poco aficionada á lucir!.... Yo la quiero... Eso sí... la quiero bastante... Será una buena esposa, pero... Qué bien cantó anoche la marquesita de Torregalindo! Qué traje llevaba tan nuevo y tan precioso! Era la señora que llamaba más la atencion en el baile. Ya se vé... conoce tanto el mundo!... Para hacer los honores de una casa, no creo que haya mujer más á propósito... Cómo no se habrá casado ya?... Es muy seductora, mucho. Y conmigo está siempre tan fina!... Su tutor me ha cobrado tanto cariño!... Casarse con una marquesa!... Si no hubiera dado á Gabriela palabra de casamiento!... Maldito compromiso.

ESCENA VII.

LEANDRO y GABRIELA.

GABRIELA. No ha venido (Saliendo por la puerta de la izquierda.) aun ese caballero que ha de comer hoy con nosotros?

LEANDRO. Aun no. Tal vez le haya ocurrido algo que hacer.

GABRIELA. Ojalá no viniera!

LEANDRO. Si; vendrá. No ha de venir? Pues! De los tres vestidos que te acabó ayer la modista, has elegido el

menos vistoso.

GABRIELA. Es el que más me gusta.

LEANDRO. Dime, Gabriela ¿no te parece que Tomás no se encuentra á gusto á nuestro lado?

GABRIELA. Quieres que te hable con franqueza?

LEANDRO. Si.

GABRIELA. Pues lo que á mí me parece es que tú no te encuentras á gusto al lado de Tomás.

LEANDRO. Él y tú os habeis propuesto llevarme siempre la contraria.

GABRIELA. Ay, qué mal genio has echado desde que eres rico!

LEANDRO. Tomas desea irse, me consta; y por bien suyo, es preciso que entre los dos le demos á entender poco á poco que no tomariamos á mal que se fuese; que estoy pronto á regalarle cuatro mil... diez mil reales... para que con este dinero ponga un taller de ebanisteria y se haga hombre. Lloras? No te he dicho ya que esas pamemas no me divierten?

GABRIELA. De algun tiempo á esta parte, raras son las veces que puedo oirte sin llorar.

LEANDRO. (Si pudiera librarme de ella tan fácilmente!...)

GABRIELA. (Por qué me figuraria yo que le amaba?)

ESCENA VIII.

DICHOS y TOMAS.

LEANDRO. Qué? Ha venido ya el duque? (Viendo salir á Tomás.)

TOMAS. Anda, alma mia, anda: pregúntalo otra vez: duquea otro poquito más. Á todos nos tienes ya de duque hasta la punta de los pelos. No ha venido nadie: se ha ido Ortiz.

LEANDRO. Qué queria?

TOMAS. Verte.

LEANDRO. Nada más?

TOMAS. Nada más.

LEANDRO. Milagro, porque los pobres solo saben pedir.

TOMAS. Está peor, mucho peor: sus manos queman: sus ojos parecen de vidrio. Es bueno, y la muerte para los buenos tiene cara de pascua; pero si él muere,

aquella viejecita baldada, que es su madre, se quedará á pedir limosna. Los médicos dicen que hallaria algun alivio tomando las aguas de Panticosa, unas aguas que estan muy lejos. Para el viaje y para que su madre coma durante su ausencia, necesitará unos dos mil quinientos ó tres mil reales. Él nada ha pedido, pero yo le he dicho que tú le adelantarás ese dinero.

LEANDRO. Te burlas?

TOMAS. Pero, hombre, ¿qué has de hacer sino adelantárselo?

LEANDRO. Tres mil reales. Una limosna de tres mil reales!

TOMAS. Ya te los devolverá cuando pueda.

LEANDRO. Y si no puede nunca?

TOMAS. Te los pagará Dios, que es el fiador de los pobres.

LEANDRO. Déjame en paz. Pues me ha hecho gracia la ocurrencia!... Tres mil reales! Como si fuera yo algun Creso. Cerca de las seis... (Mirando al reló.) Ya no sé qué pensar! (Con gran impaciencia. Váse por la puerta de la derecha de segundo término.)

ESCENA IX.

TOMÁS y GABRIELA.

TOMAS. (Delante de ella!...) Ves lo que ha dicho? Pues no lo dudes; antes de quince minutos envia á Pablo ese dinero.

GABRIELA. Sí, de fijo se lo enviará... (Haciéndose los dos violencia para fingir.) Opino como tú.

TOMAS. Ahora le ha dado por echarla de picaron; pero en el fondo es siempre el mismo. Créelo: te lo aseguro...

GABRIELA. Si lo creo ..

TOMAS. Toma: claro está. Cómo no habias de creerlo... Vaya! Leandro tiene un corazon... de oro, como suele decirse. Verdad que sí?

GABRIELA. Sí... con efecto... Un corazon!...

TOMAS. Echas la cabeza atrás para impedir que se viertan las lágrimas detenidas en tus párpados. Estás reventando por llorar.

GABRIELA. No... te engañas. Como no sea que me haya caido

algo en los ojos...

TOMAS. En los ojos no te ha caido nada. Dime si te ha caido algo en el corazon: dime si Leandro te ha dado alguna pena: dímelo. (Sin poderse reprimir.)

GABRIELA. Á mí darme penas Leandro? No... ni por pienso... De dónde sacas?...

TOMAS. Si... si... es verdad: (Reprimiéndose.) No sé lo que me pesco. Darte él penas á tí? Queriéndote como te quiere?... Soy un borrico. Pues te querrá poco Leandro! Ahora hemos estado solos un rato aqui mismo, y me ha puesto la cabeza... Dále con que eres un ángel...

GABRIELA. (Qué mentir!)

TOMAS. Dále con que te adora!...

GABRIELA. (Qué noble mentir!)

TOMAS. Vuelta con que no ve el instante de casarse contigo!

GABRIELA. (Leandro mi esposo!...)

TOMAS. Tambien yo deseo que se verifique pronto la boda, porque... la verdad... en cuanto os vea casados... pienso tomar las de Villadiego. Me hallo más á gusto con la chaqueta que con la levita; la holganza me cansa más que el trabajo.

GABRIELA. Tomás: no me abandones.

TOMAS. Tú sentirás que me vaya. Bien lo conozco. Y tambien Leandro lo sentirá... lo sentirá mucho. Es tan buen amigo!.. Pero ¿qué se le ha de remediar... Soy egoista?.. Quiero vivir á mis anchas... Ya vendré á veros alguna vez... Cuando esteis solos... Cuando no haya visitas... Un artesano haria muy triste figura entre personas de calidad... Dime cuando te vea que eres feliz, y yo—te lo juro—yo lo seré tambien.

GABRIELA. Pero vamos á ver: tú ¿por qué no te casas?

TOMAS. Toma! porque me falta lo principal.

GABRIELA. Qué te falta?

TOMAS. La novia.

GABRIELA. Cuando me dijiste que Leandro me queria, dijo él que tú tambien estabas enamorado.

TOMAS. Si; por broma; por hacerme rabiar.

GABRIELA. Tú no quisiste confesar entonces quién era ella.

TOMAS. No oyes que Leandro se chanceaba?

GABRIELA. Leandro, á quien se lo he preguntado despues,

me ha respondido que era la hija del portero de la otra casa: la jorobadita.

TOMAS. Sí?

GABRIELA. Y sabes lo que digo?

TOMAS. Qué?

GABRIELA. Que no lo creo.

TOMAS. Pues sabes lo que digo yo?

GABRIELA. Qué?

TOMAS. Que haces muy bien.

GABRIELA. Pero ello es lo cierto que tú le aseguraste á Leandro que sentias amor; que lo sentias por la... Eh? (Remedando á una jorobada.) Ya me entiendes.

TOMAS. Le engañé como á un chino.

GABRIELA. En lo segundo, sí: en lo primero me parece que no.

TOMAS. En lo primero y en lo segundo y en todo.

GABRIELA. Alza los pies.

TOMAS. Para qué?

GABRIELA. Para que pase la bola.

TOMAS. Te empeñas en que miento?

GABRIELA. Qué disparate! Me empeño solo en que no dices la verdad.

TOMAS. Muchas gracias.

GABRIELA. Por qué se lo callaste á Leandro? Por qué me lo callas á mí?

TOMAS. Repito que no hay tales carneros.

GABRIELA. Ya comprendo la causa. Te da vergüenza confesarlo, porque te habrás enamorado de una mala mujer.

TOMAS. Eso si que no! (Con mucho calor, irreflexiva y expontáneamente.) En todo el mundo hay mujer más...

GABRIELA. Hola! hola! (Riéndose.)

TOMAS. Tonto de mí!

GABRIELA. Lo ves? Es más fácil engañar á un chino que á una china.

TOMAS. Pues bien, si; estoy enamorado de una muchacha más linda que una flor y más buena que el pan; pero no como yo veo que se enamoran algunos, sino de otro modo muy diferente! Ni á mirarla me atrevo. Tentaciones me dan á veces—Perdónemelo Dios—de encomendarme á ella como á una santa. La quiero contra mi voluntad; preferiria que

me odiase á que me quisiera. No me preguntes quién es, porque á nadie puedo decírselo: á nadie. Si mi madre viviera, ni á mi madre se lo diria. (Óyese ladrar fuertemente al perro.) Santa Bárbara! De fijo está ahí el señor Aguilar. Bueno se va á poner Leandro! Pícaro Leal. Aqui, Leal, aqui! (Váse corriendo por la puerta del foro.)

ESCENA X.

GABRIELA y LEANDRO.

GABRIELA. Qué mujer será la que ha merecido su amor? Seré yo? (Muy turbada.)

LEANDRO. Maldito sea el perro y su amo! (Saliendo por la puerta derecha. El perro sigue ladrando.)

GABRIELA. Á quién maldices? (Con enérgica indignacion.) (No: no soy yo. Una mujer que amó á Leandro, no puede ser amada por Tomas! (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

LEANDRO y despues AGUILAR y TOMÁS.

LEANDRO. Contento quedará el duque del recibimiento que se le hace en mi casa. Ya está aqui... (Como disponiéndose á recibir al Duque.)

AGUILAR. Francamente: ese perro me asusta.

LEANDRO. (No es él.)

TOMAS. Ladra, pero no muerde.

LEANDRO. Mil perdones, amigo mio.

AGUILAR. Digo e á usted que es gusto tener una fiera dentro de casa.

LEANDRO. Lo estás viendo? (Bajo á Tomás en tono de áspera reconvencion.)

TOMAS. (Por vida de Leal!)

LEANDRO. Sabe usted que el duque no ha venido aun?

AGUILAR. Por eso vengo yo. (Tenemos que hablar.) (Bajo á Leandro.)

TOMAS. (Secretitos!)

LEANDRO. Le ha visto usted?

AGUILAR. Me ha escrito.

LEANDRO. Y qué?

AGUILAR. Que no vendrá.

TOMAS. Toma! Ahora salimos con eso?

LEANDRO. Calla! (Á Tomás.) Por qué motivo? (Á Aguilar.)

AGUILAR. (Haga usted que se vaya Tomás.)

TOMAS. (Y el faisan que estaba allí tan serio esperándole!)

LEANDRO. Dí que preparen la comida para dentro de media hora.

TOMAS. (Se quieren quedar solos.)

LEANDRO. No oyes?

TOMAS. Si... Diré á tu prima que está aquí este caballero.

AGUILAR. No; no la moleste usted. Yo pasaré á su habitacion.

LEANDRO. Pero ¿no vas?

TOMAS. Ya voy. (Qué traerán entre manos estos dos angelitos!) (Váse por la puerta de la derecha de primer término.)

ESCENA XII.

LEANDRO y AGUILAR.

LEANDRO. Ya estamos solos. Por qué no viene el duque?

AGUILAR. No debo ocultárselo á usted. Esta es la carta que me ha enviado poco ha. (Dando á Leandro una carta.) Estoy furioso!

LEANDRO. «Mi querido Aguilar: (Leyendo la carta.) por recomendacion de usted he recibido en mi casa al señor Jimenez y le ofrecí anoche comer hoy en la suya. Casualmente acabo de saber que su padre calzaba á mi ayuda de cámara. Tenga usted la bondad de disculparme con su recomendado, segun le parezca mejor. Suyo afectísimo...» Qué vergüenza! Qué rabia!

AGUILAR. Es un gran señor del siglo pasado!

LEANDRO. No siento el desaire por mí: lo siento por usted.

AGUILAR. Oh, yo haré entender á ese caballero... (Paseándose rápidamente á lo ancho de la escena.) Se me enciende la sangre cuando veo á personas que no tienen mérito alguno propio darse tono con hombres co-

mo usted! La verdadera nobleza no está en los pergaminos: está aquí: aquí. (Dándose golpes sobre el corazon.)

LEANDRO. Es inútil luchar con las preocupaciones sociales. Yo salgo mañana de Madrid, y me voy al último rincon del mundo.

AGUILAR. No faltaba más. El dúque es una excepcion de la regla. Adonde quiera que usted vaya, será bien recibido. Y si no fuera por Gabrielita, yo le aconsejaria á usted una cosa.

LEANDRO. Cuál?

AGUILAR. Que procurase usted emparentar con la nobleza por medio de un casamiento.

LEANDRO. Qué oigo?

AGUILAR. Así se quitaba usted de ruidos.

LEANDRO. Y seria posible?...

AGUILAR. Así tomaba usted de pronto en la sociedad el puesto que le corresponde.

LEANDRO. Supone usted que seria fácil?...

AGUILAR. Así podria usted tratar como á igual á ese altivo duque, y devolverle tal vez un dia el desaire que le acaba de hacer.

LEANDRO. Por conseguir eso diera parte de mi vida.

AGUILAR. Desde hoy mismo empiezo á buscarle á usted una novia que le convenga.

LEANDRO. Pero ¿de veras cree usted posible hallar una señora ilustre que acceda á darme su mano?...

AGUILAR. Seguramente!

LEANDRO. Á que no?

AGUILAR. Á que sí.

LEANDRO. Una prueba.

AGUILAR. Veamos.

LEANDRO. Qué haria usted si yo le pidiera la mano de su sobrina?

AGUILAR. Ay qué suposicion tan graciosa! Já, já, já. (Tragó el anzuelo.)

LEANDRO. Qué haria usted?

AGUILAR. Qué sé yo lo que haria. Por una mera hipótesis no puede uno conocer...

LEANDRO. Pues bien, caballero: con toda formalidad le pido á usted la mano de la marquesa de Torregalindo.

AGUILAR. Es posible?

LEANDRO. Respóndame usted.

AGUILAR. No sé qué responder. Me coge esto tan de nuevas!...

LEANDRO. Diga usted que me tiene en menos. Ya lo sabia yo.

AGUILAR. Usted no me conoce. Usted ignora cuánto le estimo. Nunca olvidaré que usted salvó la vida á mi pariente el señor don Juan, un pariente á quien queria yo con delirio!

LEANDRO. Entonces ¿qué razon le impide á usted acceder á mi súplica?

AGUILAR. Bien: lo pensaré. Un tutor debe pensar mucho estas cosas. Hablaremos...

LEANDRO. Comprendo... Una negativa cortés.

AGUILAR. No señor: no hay tal negativa.

LEANDRO. Teme usted que ella se niegue?...

AGUILAR. Lo que es en cuanto á eso, he creido notar...

LEANDRO. Qué?

AGUILAR. Que no le mira á usted con malos ojos.

LEANDRO. Será tan grande mi ventura?... Resuélvase usted pronto: una palabra.

AGUILAR. Qué carácter tan impetuoso!... Pues, señor: corriente; se casará usted con mi sobrina.

LEANDRO. Oh! Gracias, gracias! No sabe usted el bien que me hace. Y dígame usted: la boda se verificará pronto?...

AGUILAR. Si: dentro de unos dos ó tres años.

LEANDRO. Cómo?

AGUILAR. Le confesaré á usted aqui en confianza, que de algun tiempo á esta parte, por desgracias que fuera largo contar, he perdido casi todo mi patrimonio. En uno de mis apuros tuve que echar mano de los bienes de mi pupila, y hasta que logre reunir algun dinero...

LEANDRO. Qué caudal es el de la marquesa?

AGUILAR. Cosa corta. Unos dos millones y pico.

LEANDRO. La boda puede verificarse en seguida. Yo daré por recibidos los bienes de mi esposa.

AGUILAR. Qué me propone usted!

LEANDRO. Nadie se enteraria...

AGUILAR. Usted me ofende! Yo soy un caballero!

LEANDRO. Pero si no se trata más que de una demora.

AGUILAR. Una demora! Explíquese usted.

LEANDRO. Ahora en los documentos oficiales se hará constar que yo recibo ese caudal; y cuando usted pueda buenamente, me lo entregará por bajo de cuerda.

AGUILAR. Conque se lo entregaré á usted cuando pueda buenamente?

LEANDRO. Si, señor.

AGUILAR. Eso tiene otro ver.

LEANDRO. Consiente usted, ¿no es cierto?

AGUILAR. Porque no diga usted que soy testarudo...

LEANDRO. Que felicidad la mia!... Señor Aguilar... (Queriendo estrecharle la mano.)

AGUILAR. Llámeme usted tio, y venga un abrazo. (Se abrazan.)

LEANDRO. Con mil amores!

AGUILAR. Saludaré á su prima de usted por el bien parecer.

LEANDRO. Vamos allá.

AGUILAR. (Qué bien le engañé! Salí de apuros!)

LEANDRO. (Dos millones me cuesta! No importa. Seré marqués!) (Vánse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

TOMÁS, saliendo de detrás de las colgaduras de la puerta de la derecha de primer término, pálido y desencajado.

Qué par de bribones! Cuál será más bribon de los dos? No estoy en mí: no sé qué me sucede. No: si no puede ser. Me habré dormido detrás de las cortinas: habré soñado... Todo es más creible que la maldad de ese tunante. Abandonar á Gabriela? Casarse con otra! Y qué será de la infeliz? No ha de salirse con la suya! Para qué estoy yo aquí? (Óyese ladrar al perro.) Le hablaré, y si no me hace caso!... Líbrele Dios de no hacerme caso! (Deja de oirse al perro.) Digo, el que se pasaba la vida echando sermones contra los ricos! El que queria arreglar el mundo! Todos los vicios que censuraba en los demás, todos los tiene él aumentados en tercio y quinto. (Óyese correr dentro, por la izquierda.) Es malo, y claro está, fué malo como pobre, y como rico es malo tambien!

ESCENA XIV.

TOMÁS y GABRIELA.

GABRIELA. Corre, Tomás, corre. (Saliendo precipitadamente, y muy asustada por la puerta de la izquierda.) Le quieren matar.

TOMAS. Matar! Á quién?

GABRIELA. Al perro.

TOMAS. Matar á Leal! (Oyénse quejidos del perro.)

GABRIELA. Se ha tirado al señor Aguilar y le ha rasgado el pantalon.

TOMAS. El pantalon no más?

GABRIELA. Hácia el comedor van corriendo tras él.

TOMAS. Ay del que se atreva á tocarle! (Váse corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA XV.

GABRIELA, á poco LEANDRO y AGUILAR, y despues TOMÁS, DON VICENTE y dos lacayos.

GABRIELA. Matadle en seguida, matadle, decia Leandro á los criados: (Con expresion de terror.) matadle ó mato yo á uno. Y cómo lo decia!... Echando fuego por los ojos, trémulo de rabia!... Ese hombre me da miedo... Quién me librará de ese hombre?

LEANDRO. Serénese usted. (Saliendo por la puerta de la izquierda. Aguilar viene apoyado en su brazo, y trae roto el pantalon por debajo.)

AGUILAR. Qué horror! Creí que me hácia pedazos.

LEANDRO. Ya habrá llevado su merecido. (Con saña.)

DON VICENTE. Favor! Socorro! Socorro! (Dentro.)

TOMAS. No huyais, cobardes! (Dentro.)

(Salen corriendo dos lacayos por la puerta del foro. Al llegar á ella don Vicente, le alcanza Tomás, y le ase por el pescuezo.)

DON VICENTE. Que me ahoga! Favor! (Entrando en la escena, asido por Tomás.)

TOMAS. Te ahogaré, te mataré.

DON VICENTE. Yo no he sido: al contrario. Su excelencia, mi

amo, solia decir que el que hace daño á los animales...

TOMAS. Han sido aquellos! (Soltando á don Vicente y dirigiéndose á los lacayos que corren á ponerse detrás de Leandro.)

LEANDRO. Tomás! (Con tono imperioso y sévero.)

AGUILAR. (No me llega la camisa al cuerpo!)

GABRIELA. Le han hecho algo?

TOMAS. Le han atravesado con un estoque de baston. Han matado á Leal! (Con rabia.) Allí está el animalito caido en el suelo, respirando por la herida... Al llegar yo, me ha mirado, (Llorando.) ha movido la cola... Mi perro! Mi Leal! (Con acento de desesperacion.)

LEANDRO. Modérate: hay gente delante.

TOMAS. Y qué me importa á mí la gente? Malvados!... (Á los lacayos, dirigiéndose á ellos otra vez.)

LEANDRO. Basta! (Deteniéndole.)

GABRIELA. Sosiégate!... Escucha!...

TOMAS. No valia más mi perro que el pantalon de este caballero?

LEANDRO. Calla?

AGUILAR. Mire usted lo que dice, señor mio.

TOMAS. Ya sabia Leal por qué le enseñaba á usted los dientes.

LEANDRO. Te mando que calles.

TOMAS. Tú darme órdenes á mí? Me mandas callar, eh? Pues mira, no callo, grito y gritaré hasta que no pueda más. Si lo sé todo! Si te digo que lo sé todo!

LEANDRO. Qué sabes?

GABRIELA. Por piedad!

TOMAS. Os ha mandado alguien que le mateis? Os lo ha mandado ese viejo? (Á los lacayos.)

AGUILAR. Canario!... (Con susto, retrocediendo.)

LEANDRO. Se lo he mandado yo.

TOMAS. Tú!... Tú!... Sí! Qué extraño es que mates á un perro? De mayor hazaña eres capaz. Muere tú! (Cogiendo una silla y levantándola en alto con ambas manos.)

GABRIELA.
AGUILAR.
DON VICENTE. } Oh! (Dando un grito. Gabriela detiene á Tomás, que al verla deja la silla y baja la cabeza.)

AGUILAR. Vámonos de aqui. (Con susto y ansiedad.)

LEANDRO. Vamos. (Dirígense hácia el foro Leandro, Aguilar, don Vicente y los lacayos.)

GABRIELA. Es un infame, Tomas! (Con energía.)

TOMAS. Gabriela, es un infame! (Levantando la cabeza y con mucha fuerza de expresion.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA y DON VICENTE.

GABRIELA. Ha vuelto ya?

DON VICENTE. Todavia no, y son ya las ocho menos cuarto. Quizá se haya quedado á comer con el señor Aguilar. Hoy es lunes, y los lunes comen allí varios amigos: entre otros, don Federico Vilches, mozo de quien hace ya tiempo gusta mucho la marquesita, pero con el cual no quiere casarse por razones de peso. Conque me parece que usted y el señorito deberian tomar un bocado. Cuando su excelencia, mi amo, estaba de mal humor, solia decir al sentarse á la mesa, restregándose así las manos. «Ea, vamos á comer, que tripas llevan corazon.»

GABRIELA. Gracias: no tengo apetito. Qué hace Tomás?

DON VICENTE. Está en su cuarto, con los codos apoyados en una mesa y la cabeza entre las manos. Desde la puerta le he estado viendo, y él ni siquiera me ha sentido. De cuando en cuando suspira, y unas veces dice «Leal!» (En tono de afliccion.) Como queria tanto al perro! Y otras dice «Leandro!» (En tono de cólera.) Como le ha hecho esa perrada!

GABRIELA. Pobre Tomás!

DON VICENTE. Pues tambien él ha dicho: «Pobre Gabriela!»

GABRIELA. Si?

DON VICENTE. Si señora; y al decirlo, empezó á dar unos resoplidos tan fuertes, que yo me asusté y le pregunté si queria algo.

GABRIELA. (Debo casarme con Leandro no amándole? Y él me quiere á mí? No: él no quiere á nadie.) (Consigo misma, dando de cuando en cuando algunos pasos en distintas direcciones.)

DON VICENTE. (Lástima que esta muchacha (Consigo mismo.) vaya á caer en manos de su primito! Le tengo una ojeriza!...)

GABRIELA. (Qué vanidoso es! Qué malo es! Dios mio, si me caso con Leandro ¿qué va á ser de mí?)

DON VICENTE. (Habla sola.) (Contemplándola.)

GABRIELA. (No veia más hombre que él cuando mi corazon empezaba á sentir; amparó mi orfandad; creí que le amaba, Si: alguna disculpa merezco: pero cuando pienso que he creido amarle, siento una rabia tan grande contra mí misma!...)

DON VICENTE. (Parece que se enoja...)

GABRIELA. (Que haré para evitar este casamiento? Le diré la verdad. Me apartaré de su lado... Si fuera yo la mujer á quien quiere Tomás!... No lo permita el cielo! Padeceria aun más de lo que ahora padece.. No me consolaria yo nunca de haber tenido tan cerca la dicha, sin reparar en ella. Dichosa la mujer á quien ame Tomás!)

DON VICENTE. Ahí está, señorita.

GARRIELA. Quién?

DON VICENTE. Don Leandro.

GABRIELA. Oh! (Enjugándose las lágrimas.)

DON VICENTE. (Qué cara de vinagre!)

ESCENA II.

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO. (Á don Vicente) Dentro de un rato vendrá por mí en su coche el señor Aguilar. En cuanto suba el lacayo avíseme usted.

DON VICENTE. Bien está, señor. (Leandro le hace señal de que se vaya.) Me voy coriendo. (Aunque no sea más que para no verle...) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA III.

GABRIELA y LEANDRO.

LEANDRO. Espera: tenemos que hablar.

GABRIELA. Di.

LEANDRO. Ya lo has visto.

GABRIELA. Qué?

LEANDRO. Que Tomas no puede seguir viviendo en mi compañia.

GABRIELA. Por qué?

LEANDRO. Por qué, preguntas? He de tolerar yo que haya en mi casa estos escándalos?

GABRIELA. Leandro, mira lo que intentas hacer.

LEANDRO. Lo tengo ya todo muy bien mirado. Es preciso que Tomás se marche de aquí.

GABRIELA. Vas á despedir á tu bienhechor como se despide á un criado?

LEANDRO. Le pagaré lo que le debo.

GABRIELA. Te dió su corazon. No le puedes pagar. No has caido todavia en que no tienes corazon?

LEANDRO. Gabriela, mide tus palabras.

GABRIELA. Si al fin llega á convencerse de que le odias y le desprecias, qué golpe recibirá el desdichado! Vuelve en tí. No arrojes de tu casa al amigo que te acogió en la suya. Sé agradecido. Á quién habrá amado este hombre? Todo el mundo ama á sus padres. Querrias á los tuyos, verdad? Pues bien, te lo pido por la memoria de tus padres!

LEANDRO. De seguir viviendo juntos los dos, pudieran sobrevenir graves males que debo evitar.

GABRIELA. Tomás se irá, no lo dudes: aguarda á que te deje por su voluntad.

LEANDRO. Por su voluutad no me dejará nunca. Es preciso que se vaya en seguida. Si yo se lo digo tendremos nuevo escándalo: díselo tú.

GABRIELA. Yo?

LEANDRO. Créeme, y haz lo que te encargo.

GABRIELA. Me encargas una infamia. No la puedo cumplir.
LEANDRO. Estás abusando de mi paciencia.
GABRIELA. De qué no has abusado tú?
LEANDRO. Díselo, Gabriela.
GABRIELA. No.
LEANDRO. No?
GABRIELA. Te has vuelto sordo? No.
LEANDRO. Es que yo quiero que se lo digas.
GABRIELA. Es que yo no se lo quiero decir.
LEANDRO. Corriente: serás responsable de lo que suceda. Se lo diré yo. (Dirigiéndose hácia la puerta de la derecha de primer término.)
GABRIELA. Leandro! (Poniéndosele delante.)
LEANDRO. Está en su cuarto? Déjame. (Asiéndole una mano para apartarla.)
GABRIELA. No: si tú no has de verle...
LEANDRO. Que no?
GABRIELA. Piénsalo siquiera esta noche.
LEANDRO. Aparta!
GABRIELA. No seas infame, Leandro.
LEANDRO. Aparta, digo. (Oprimiéndole la mano con violento furor.)
GABRIELA. Ay! (Dando un fuerte quejido.)
LEANDRO. Qué? Te he lastimado? (Muy confuso y avergonzado.) Tal vez sin pensar...

ESCENA IV.

DICHOS y DON VICENTE.

DON VICENTE. Que es eso, señorita?... Por qué ha gritado usted? (Mirando alternativamente á Gabriela y Leandro.)
GABRIELA. No... no es nada.
DON VICENTE. Por qué se mira usted esa mano?
GABRIELA. Por nada... Don Vicente... por nada.
DON VICENTE. Dijo un dia su excelencia, mi amo, dando así una patada en el suelo: «No es hombre el que maltrata á una mujer.»
LEANDRO. Á qué ha venido usted aquí? Ya estoy harto de usted.
DON VICENTE. Y yo de usted.
LEANDRO. Don Vicente! Fuera de mi casa mañana mismo.
DON VICENTE. Mañana? No señor: esta noche, en cuanto haga

el hatillo; y antes me hubiera marchado si no me diera tanta pena salir de una casa donde han corrido treinta y cinco años de mi vida, y donde queria morir como su excelencia, mi amo. Con la manda que él me dejó, tengo yo más que suficiente para pasarlo hecho un patriarca; y lo que su excelencia, mi amo, dijo, poniéndose así colorado de rabia, un dia que se enfadó con un señor muy tonto y muy presumido y muy insolente: «Caramba con el hombre, que no se le puede aguantar!»

LEANDRO. Si no mirase que tiene usted canas!... (Dirigiéndose á la puerta de la derecha de primer término.)

GABRIELA. Retírate, Leandro. Yo hablaré á Tomás.

LEANDRO. De verás?

GABRIELA. Si: te lo prometo.

LEANDRO. Es lo mejor. (Váse por la puerta de la derecha de segundo término, que cierra.)

ESCENA V.

GABRIELA y DON VICENTE.

DON VICENTE. Habráse visto el arrapiezo! Pues ni que uno fuera otro Job! Liaré el petate y... (Dirigiéndose hácia el foro.)

GABRIELA. Don Vicente?

DON VICENTE. Señorita.

GABRIELA. De fijo se va usted á marchar?

DON VICENTE. No que no! Por la posta.

GABRIELA. Dónde se acogerá usted esta noche?

DON VICENTE. Ahí más abajo: en una casa de huéspedes. El ama es paisana y amiga mia. Mujer muy limpia y honrada á carta cabal.

GABRIELA. Hágame usted un favor, don Vicente.

DON VICENTE. Con alma y vida.

GABRIELA. Lléveme usted á esa casa.

DON VICENTE. Qué? Tambien usted se quiere ir?

GABRIELA. Si, señor.

DON VICENTE. Ánimas benditas! Me deja usted con la boca abierta!

GABRIELA. Mi resolucion es irrevocable. Sé coser y bordar. Tengo tiendas conocidas donde me darán trabajo.

Trabajaré, Dios me abrirá camino.

DON VICENTE. La verdad es que á usted no le convenia casarse con ese caballerito. Y más vale comer patatas con sosiego que trufas rabiando. Tambien esto se lo oí decir á mi amo en cierta ocasion. Pero antes debe usted pensar...

GABRIELA. Me iré sola, si usted no me acompaña.

DON VICENTE. Eso no: y todo cuanto yo tengo es de usted. Lo que más me duele es verme solo en el mundo al cabo de mis años. Ojalá pudiera servirle á usted de padre.

GABRIELA. Gracias, don Vicente, gracias.

ESCENA VI.

DICHOS y TOMÁS.

TOMAS. No estaba aquí Leandro contigo?

DON VICENTE. Aquí estaba ese Fierabrás.

TOMAS. Ya le tengo á usted prevenido que delante de mí. .

DON VICENTE. Si, defienda usted á quien es capaz de maltratar á la señorita!

TOMAS. Eh! Qué quiere usted decir?

GABRIELA. Don Vicente, por Dios!...

TOMAS. Qué ha hecho Leandro?

GABRIELA. Me tenia cogida una mano: apretó sin querer...

TOMAS. Villano!

DON VICENTE. Oiga! Con que ya estamos de acuerdo? Me alegro mucho.

TOMAS. Dónde se oculta?

GABRIELA. Óyeme. Es preciso que salgas al punto de esta casa.

TOMAS. Te ha encargado que me eches?

DON VICENTE. Está visto que el hombre se quiere quedar solo!

GABRIELA. Vete, por favor.

TOMAS. Me iré cuando le haya hablado. Aun no sabes... Si los dos tenemos mucho que hablar. Leandro? Ha cerrado la puerta. (Empujando la puerta de la derecha de segundo término.)

GABRIELA. Tambien tú desoyes mis súplicas?

TOMAS. Nada temas. Leandro? (Dando golpes en la puerta.)

DON VICENTE. (Si éste me le diera un buen susto...)

TOMAS. No quieres verme? Es por miedo ó vergüenza?

ESCENA VII.

DICHOS y LEANDRO.

LEANDRO. Menos ruido. Aquí estoy.

TOMAS. Déjanos.

GABRIELA. Dios mio! Dios mio! (Yéndose por la puerta de la izquierda.)

DON VICENTE. Ay, Jesus, entre éste y aquel ¡qué diferencia! (Yéndose por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

TOMÁS y LEANDRO.

TOMAS. No era regular que dos amigos de toda la vida como nosotros, al ir á echar cada cual por camino distinto, ni siquiera se dijesen adios. Siéntate. (Acercándole una silla.)

LEANDRO. Me encuentro bien así.

TOMAS. Siéntate. (Con tono imperioso.)

LEANDRO. Como gustes. (Se sienta.)

TOMAS. Quieres? (Sentándose á horcajadas en una silla y sacando de la petaca un cigarro de papel.)

LEANDRO. No: gracias.

TOMAS. Mal hecho. No conoces la copla del marinerito y el soldado? (Meciéndose á compás en la silla mientras canta esta copla.)

El marinerito y el soldado
se suelen á veces enfadar,
pero de los dos cesa el enfado
luego que se ponen á fumar.

LEANDRO. Te burlas?

TOMAS. No: te recuerdo la copla. (Encendiendo un fósforo y en él el cigarro.) Con que vamos á ver: ¿qué te parece á tí de este mundo? Está muy mal arreglado, eh? Pero á bien que tú vas ya arreglándolo poco á poco.

LEANDRO. Se conoce que tienes gana de broma.

TOMAS. Ya los pobres hallan amparo: respeto los humildes.

LEANDRO. Qué más?

TOMAS. Ya es cosa probada que el tener dinero no da derecho para tener soberbia y mal corazon.

LEANDRO. Tomás!

TOMAS. Ya, gracias á Dios, hay un rico bueno que sepa cumplir con su deber. Uno solo, es verdad. Solo uno, si señor. Todos los ricos son pícaros desalmados: todos menos éste, que es una alhaja. (Poniéndole una mano en el hombro.)

LEANDRO. Basta! Acabemos. (Levantádose.)

TOMAS. Qué ha de bastar si ahora empiezo á insultarte. (Levantándose tambien.) Tú que ambicionabas riquezas para dar una leccion á los ricos, mira allí, (Señalando al retrato.) y delante de aquel, tápate la cara abochornado. Tú que llamabas á los ricos egoistas y vanidosos, tú sí que eres vanidoso y egoista! Como á esclavo tratas á todo el que depende de tí: exprimes el jugo al que tiene poco para tener tú más; niegas al pobre la limosna que necesitaba para alargar su vida. Te avergüenzas del amigo que te dió su pan cuando sentias hambre; te avergüenzas de la mujer que te amó cuando únicamente miseria podias ofrecerle; te avergüenzas del padre que te engendró. No puede hacer cosa buena quien se avergüenza de su padre.

LEANDRO. Calla: no prosigas.

TOMAS. Pero en cambio pidamos coches y muebles dorados á Paris; en cambio hagamos asunto principal de la vida sentar un duque á nuestra mesa; casémonos en cambio con una mujer á quien no quiero, que no me quiere, que tal vez quiera á otro. Qué importa? Aquí no se trata de amor: se trata de un negocio. Yo tengo dinero, ella un título. Pues, señor, trato hecho: venga el título y ahí van los cuartos.

LEANDRO. Por dónde sabes que me voy á casar con la marquesa; por dónde lo sabes?

TOMAS. Lo sé porque oí tu conversacion con el señor Aguilar, oculto detrás de aquella colgadura.

LEANDRO. Qué accion tan ruin! Qué villania!

TOMAS. Si, hombre si; asústate, que tú debes asustarte de las malas acciones.

LEANDRO. Me odias: te aborrezco. Los hombres no han de insultarse como mujeres: estoy á tu disposicion.

TOMAS. Qué es eso? Me desafias? Tonto! Un millonario, un marqués en ciernes, no puede reñir con un menestral. Lo que sí puede suceder es que yo pierda los estribos y te rompa la crisma de un puñetazo. Leandro, pase todo lo que has hecho, todo lo que intentas hacer: todo menos que abandones á Gabriela. Habeis vivido juntos; es público que os habeis amado: si tú ahora no te casas con ella, quedará deshonrada á los ojos de cuantos no tengan como yo pruebas seguras de su virtud. Gabriela te ama: Gabriela es un ángel que aun te puede salvar. Leandro, por el cariño que te tuve! Por el que te profeso aun! Si: todavia te quiero como se quiere á un mal hermano. Te perdono que hayas matado á Leal: te perdono que me aborrezcas. Ahora mismo saldré de esta casa: no nos volveremos á ver, si no es que algun dia necesitas de mí, que entonces me tendrás á tu lado dispuesto á darte lo que me pidas: hasta la sangre de mis vonas! Pero, cásate con esa infeliz. Cásate con ella y ¿qué más? te daré un abrazo de despedida. (Abrazándole.)

LEANDRO. Lo siento, pero ya lo sabes, Tomás: estoy comprometido formalmente con la marquesa.

TOMAS. Y con Gabriela no?

LEANDRO. La verdad, no la amo.

TOMAS. Y á la otra si? Dí que tú no eres capaz de amar. Por qué te pusiste entre ella y yo? Yo si que la amaba! Yo si que la hubiera hecho feliz!

LEANDRO. Amas á Gabriela?

TOMAS. Con toda mi corazon, con toda mi alma!

LEANDRO. Qué dicha! Todo puede arreglarse.

TOMAS. Cómo?

LEANDRO. Cásate con ella.

TOMAS. Pero no sabes que ella á mí no me tiene amor?

LEANDRO. Yo la dotaré: os daré dinero, mucho dinero!

TOMAS. Que iniquidad! Quieres comprar un marido para Gabriela? Quieres dársela á un canalla? Si. Única-

mente los canallas se venden por dinero.

LEANDRO. No, Tomás: no es esa mi intencion; pero tú...

TOMAS. Calla, que si te oigo una palabra más, tendré que matarte! Con razon has creido que yo no debia seguir viviendo á tu lado. Vivir con un tunante, no podia convenirle á un hombre de bien. Espera. (Váse por la puerta de la derecha de primer término.)

ESCENA IX.

LEANDRO, á poco TOMÁS, despues GABRIELA, luego DON VICENTE.

LEANDRO. Qué horrible dia! Por qué tolero que me insulte? Le asistirá derecho para insultarme? Logro lo que deseo, y el corazon se me contrista.

TOMAS. Ahí va tu frac. (Saliendo por la misma puerta con la blusa y la gorra que llevaba en el primer acto. Trae en la mano el frac y le arroja al suelo.) Con él puedes engalanar á uno de tus lacayos. Ahí va tu dinero: (Sacando dinero de los bolsillos y arrojándolo tambien al suelo.) quizá te haga falta algun dia. Lo que he gastado en tu casa durante un mes, váyase por lo que tú gastaste en la mia durante más de tres años. Saca la cuenta, y si aun te debo algo, dímelo y te lo pagaré. No quiero deberte nada; quiero quedar en paz contigo y, sin ser ingrato, poderte despreciar con todas las fuerzas de mi alma.

LEANDRO. Te ciega la cólera. Me ofendes sin razon.

TOMAS. Otra cosa te dice á gritos la conciencia.—Gabriela! (Acercándose á la puerta de la izquierda y gritando.)

LEANDRO. Qué intentas hacer?

TOMAS. Vas á verlo.—Oh! (Gabriela sale por la puerta de la izquierda con el vestido de percal que llevaba en el acto primero.) Ven aqui. (Asiéndola de una mano.) Es preciso que lo sepas. Leandro no te quiere. Vá á casarse con otra. Ha pedido la mano de la marquesa.

GABRIELA. Mira.

TOMAS. Ese traje?...

GABRIELA. Antes de saberlo, habia yo resuelto separarme de él.

LEANDRO. Estás loca? No lo consentiré jamás.

GABRIELA. Leandro, tú y yo deseamos vernos libres el uno del otro.

TOMAS. No le amas?

GABRIELA. Si le amara conociéndole, me moriria de vergüenza.

LEANDRO. Oh!

TOMAS. Te conoce al fin! Ya no te ama! Y yo sentia que fueses malo! Muy bien que hiciste en serlo. Esto nada más tengo que agradecerte. Gabriela, saliendo de aquí renuncias al lujo, á las comodidades.

GABRIELA. Cuando he vuelto á ponerme este vestido de percal, se me ha ensanchado el corazon.

TOMAS. Gabriela, tú necesitas amparo. Hay un hombre que te ama. Es pobre, pero ante el mundo y ante el cielo, puede levantar serena la frente. En otras circunstancias nunca se hubiera atrevido á confesártelo. El hombre que te ama hace tiempo, el hombre que no piensa más que en tí, que no vive más que por tí... ese hombre, soy yo.

GABRIELA. Tú? Ay, no puedes imaginar lo qne siente mi alma en este momento.

TOMAS. Eres honrada: algun dia quizá llegues á quererme. Verdad, que no es imposible que me quieras? Responde: una esperanza, una palabra; una sola delante de él.

GABRIELA. Por qué no ví antes quién era él y quién eras tú?

LEANDRO. Pérfidos, hipócritas. Os quejabais de mí y me habeis estado engañando villanamente. Dile que le amas; díselo.

GABRIELA. Quieres que se lo diga? Se lo diré si tú lo mandas. Amarle es mi consuelo, mi rehabilitacion, mi orgullo!

TOMAS. Has dicho que me amas? Has dicho eso? Á ver, repítelo, repítelo.

GABRIELA. Ten compasion de esta pobre mujer y no me hagas la injuria de dudarlo. Te lo juro, por Dios.

TOMAS. Lo oyes, Leandro? Á tí no te quiere y á mí sí. Qué más puedo pedir al cielo?

LEANDRO. Idos pronto: dejadme.

TOMAS. Ven á ser mi esposa.

GABRIELA. Tú esposa yo? No: no lo merezco.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTIC

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Armas iguales L.
Cegar para ver, L.
Compromisos del no ver, M.
Criados de confianza, L. y M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Grumete, L.
El Niño, M.
El Vizconde, M.
Entre mi mujer y el primo, M.
Estafeta de amor, L. y M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. y M.
La pastora de la Alcarria, M.
Los dos ciegos, M.
Los herederos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués, L. y M.
Por conquista, M.
Un ayo para el niño, L.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Un primo, M.
Un rival del otro mundo, M.
Sinfonia concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
De la muerte á la vida, M.
El Bachiller, M.
El duende de Palacio, L.
El galan de noche, L.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, L. y M.
El tio Caniyitas, L.
Entre mi mujer y el negro, M.
La abuela, L. M
Llamada y tropa, L.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
Azon Vizconti, L.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M
D. Quijote de la Mancha, M.
El ángel bueno, M.
El Castillo Maldito, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El secreto de una dama, M.
El tio Pilili, L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diavolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero, L. y M.
Jugar con fuego, L. y M.
La caceria real, L.
La Cantinera de los Alpes, L.
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Perla, M.
Las dos coronas, L.
La Sirena, L. y M.
La tabernera de Lóndres, L.
Los Diamantes de la Corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, L. y M.
Un procónsul, M.
Un tesoro escondido, L. y M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Al que no está hecho á braga ...
Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja (*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El Diamante negro.
El suicida.
Flujo y reflujo.
La Esperanza de dos mundos, loa.
Plaza sitiada...
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Triana
Suegra, marido y rival.
Un hablador sempiterno.

EN DOS ACTOS.

Las colegialas son colegiales.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar
El Medico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
El sueño del malvado.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La bondad sin la experiencia.
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
Lances de honor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografias.
Lo positivo.
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
¿Quien es él?
Un duelo a muerte.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M, pertenece solo á esta Administracion la músi libreto, y las que llevan L. y M, corresponden á la misma por completo.